LA SOCIEDAD RURAL

Germán Wettstein - Juan Rudolf



nuestra tierra 16

nuestra tierra 16

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO
HORACIO DE MARSILIO

ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART

ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.

ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN

ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO

SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN

DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera: Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55, Montevideo.

LA SOCIEDAD RURAL

Germán Wettstein - Juan Rudolf



GERMÁN WETTSTEIN, nacido en 1934, profesor de Geografía en Enseñanza Secundaria y de Geografía Humana y Económica en el Instituto de Profesores "Artigas", cumplió los cursos de Geografía Física y Biológica de la Facultad de Humanidades y Ciencias y los de Geografía Humana y Económica de la Universidad de Estrasburgo. Dirigió la investigación sobre rancheríos rurales en el programa ASU-67 y es Asistente de Investigación en el Departamento de Extensión Universitaria. Ha dictado cursos y realizado trabajos de investigación en la Universidad de Oriente (Venezuela) y para el Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de Cuba. Publicó varios libros; los últimos: **Crónicas de Venezuela**, con Raquel Morador (1964); **Nuestra Tierra. I - Los paisajes; II - Los hombres** (1967-1968); **Uruguay en cifras**, con Néstor Campiglia y Aldo Solari (1966); **Paso de las Flores**, con Sonia Sosa y Samuel Iusim (1968); **Vivir en revolución** (1969).

JUAN RUDOLF, 1927, fue Secretario de Investigación del Centro de Misiones Sociopedagógicas desde 1963 hasta la integración de éste en el Dpto. de Extensión Universitaria. En el período 1955/57 integró el Instituto de Estudios Sociales, donde dirigió diversas encuestas sobre educación y problemas médico-sociales. Vinculado a Wettstein y a Renzo Pi Hugarte desde entonces en trabajos de investigación en sociología rural, fue coautor de dos importantes comunicaciones de ese equipo al V Congreso Latinoamericano de Sociología: **La formación de estereotipos y su relación con los medios de expresión** (Revista Mexicana de Sociología, 1961) y **Rancheríos y cantegriles del Uruguay** (Anales del Congreso, 1963). Los tres llevan a cabo actualmente una investigación histórico-sociológica sobre la evolución de la localidad de Pintos, departamento de Flores.

ALCANCE DEL TEMA

Para que la orientación de Nuestra Tierra no contradiga la realidad, resulta imprescindible que este volumen sobre *La sociedad rural* se publique después del que fue destinado al estudio de *La sociedad urbana*.

En nuestro país, cuyo índice de urbanización es uno de los más altos del mundo, resulta particularmente cierta la afirmación consignada en ese volumen: "Las formas de vida urbana deben ser consideradas como parte de un *continuum* de relaciones sociales que se extendería de lo más urbanizado a lo menos urbanizado. La dinámica de la situación estaría dada por un proceso de aumento continuo de penetración urbanizante".

Por eso se ha dicho con razón que en lugar de componerse de categorías mutuamente opuestas, la sociedad se asemeja a un espectro luminoso en el que, en los rincones más distantes y atrasados, se mezclan lo rural y lo urbano, que desde ahí prosiguen mezclándose hasta los centros de vida urbana y superurbana (VIDART, 1959).

Además, tanto en el campo como en la ciudad el común denominador es el hombre. Es a él, solitario o agrupado, que trataremos de presentar en este volumen. Ese hombre que vive en el espectro más tenue de nuestra creciente urbanización; ese rural que hoy día parece confirmar a Spengler cuando éste afirma que "carece de historia" y que, sin embargo, permanece afincado al terruño desde los primeros instantes de nuestra Historia.

A los efectos de este estudio será, pues, sociedad rural aquella en donde se originan tres de cada cuatro dólares de nuestras divisas (lanas y carnes mediante); no lo será, en cambio, ese campesino trasplantado que vive en el radio de influencia de la metrópoli, se ajusta a ella para sobrevivir (porque ella lo provee) y se mimetiza, dejando de ser campesino.



Foto: E. Garrone

Revolear el lazo fue el movimiento instintivo del paisano para que el ómnibus lo esperara.

Nuestro hombre será el paisano proletarizado, constreñido --por el actual modo de producción capitalista— a enajenar hasta su muerte esa fuerza de trabajo que es su único bien.

Nos proponemos presentarlo en su radicación geográfica: el paisaje humanizado, fragmentado, de los potreros alambrados. Alambrados que están presentes aun para los proletarios rurales del azúcar, del arroz y del trigo.

Entonces será necesario pensar en otros "rurales": en la sociedad urbana de los terratenientes, en los detentadores de los medios de producción. El problema de la tierra no es ajeno a ninguna sociedad rural, pero sus derivaciones resultan multiplicadas cuando ella deja de ser objeto de uso para convertirse en objeto de especulación, como sucede entre nosotros, en los países subdesarrollados dependientes.

En consecuencia, sabremos de las dificultades de la población trabajadora rural para formar familia, para vivir en comunidad, para adquirir conciencia de clase y para ejercitarla, o para subsistir como pequeño propietario por cuenta propia.

Actuaremos a manera de cronistas en la presentación de la vida de estos conterráneos compatriotas: su manera de convivir y sus niveles de subsistencia.

Presentarlos, decimos, porque quedan todavía muchos "analfabetos urbanos", muchos hombres y mujeres de ciudad que aún no conocen bien a sus compatriotas de la "otra sociedad", de la sociedad no opulenta, de la sociedad rural, que integra la misma, única e indivisible sociedad uruguaya.

A esos lectores está especialmente dedicado el capítulo sobre la miseria rural. No para que organicen, tras su lectura, una nueva campaña de beneficencia, sino para que racionalicen su rebeldía ante la injusticia y la canalicen en pro de la justicia, de la igualdad de oportunidades.

No tendrán que ir muy lejos ahora para encontrar a las mujeres y los hombres de nuestra sociedad rural: un gran número está ya metido en las ciudades, aferrándose como puede al cascarón de los cantegriles. Ensayaron el único movimiento defensivo que les estaba permitido: el éxodo rural; del mismo modo que hoy día otros miles de migrantes se defienden para sobrevivir, yéndose al extranjero.

ORIGENES Y RADICACION TERRITORIAL

EL PASADO REMOTO

A diferencia de otros países de América, Uruguay no posee una población rural establecida desde antes de la conquista. Ni aun el establecimiento posterior de pobladores de la campaña se vio influido, cultural o genéticamente, por el habitante aborigen en grado apreciable.

En otras regiones de América, la existencia de estados organizados, con núcleos urbanos, con especialización laboral, etc., desde siglos antes del descubrimiento, determinó la presencia de poblaciones rurales autóctonas. Poblaciones que, a pesar del impacto de la colonización europea, resistieron a través de los siglos, con humilde terquedad, todos los intentos —directos o indirectos— de europeización total. Esa resistencia dio como resultado una población rural que deja entrever, en mayor o menor grado según los países, el ancestro genético y cultural de cada región.

La configuración actual de los habitantes de nuestro país difiere de la del resto de América, ya que su origen es casi exclusivamente europeo, con una escasa proporción de elementos africanos, y débiles, difícilmente comprobables elementos amerindios.

Renzo Pi, en el volumen 1 de Nuestra Tierra, establece que estos caracteres se deben: 1º) al escaso número de la población autóctona, 2º) al hecho general de que con los pueblos cazadores primitivos es muy pobre la mezcla, 3º) a la avalancha europea que recibió nuestro país desde comienzos del siglo XIX.

A pesar de ello, subsisten ciertamente elementos amerindios en nuestra población rural, pero —como veremos luego— su origen es también extraño a nuestro país.

El otro elemento, el africano, tiene también características diferentes al de otros países ameri-



Foto: D. E. U.

La influencia negra subsiste, más que nada, por el aporte brasileño.

canos. La inexistencia de plantaciones, elemento fundamental en la demanda de esclavos, hizo que llegara aquí un número de negros relativamente escaso. En su gran mayoría los esclavos introducidos en la Banda Oriental se utilizaban en el servicio doméstico; fundamentalmente, en el del medio urbano. Al no contar con el apoyo de la interrelación que produce el número elevado de individuos existente, por ejemplo, en las plantaciones, la conservación de rasgos culturales propios decrece rápidamente y se diluye hasta desdibujarse por completo. Aun al producirse su liberación, difícilmente el esclavo abandona la ciudad —a la cual está de algún modo integrado— para ir al medio rural.

Y el esclavo doméstico que, en algunos raros casos, es llevado a servir en el campo, se encuentra más aislado todavía en ese medio como para conservar algún elemento propio.

Con todo, la influencia del africano, aunque pequeña, existe; más que nada por el aporte brasileño, que desde lejanos tiempos se produce en nuestra frontera norte. Allí el negro, mucho más numeroso, se fusiona con la sociedad, integrándola con elementos que luego forman parte de un todo.

Y así llega hasta nuestra población rural, con su cuota de aportes biológicos y culturales.

LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Dejando de lado al indio, las primeras descripciones de la población de la campaña la muestran como un elemento resultante de la introducción de la ganadería en el siglo XVII. El ganado caballar, si bien dio al indio una nueva dimensión, no lo convirtió en ganadero; pero la posterior multiplicación fabulosa de ovinos y bovinos hizo que los despoblados campos, antes carentes de riquezas y atractivos, se volvieran de pronto dignos de la codicia humana.

Fue entonces cuando comenzaron a llegar elementos humanos que se introdujeron en el interior del país en busca de riquezas. Al principio, solamente en la costa: corambreros, bucaneros, aves de paso que hacían su "cosecha" y volvían, rápido, a sus puertos de origen. No constituyeron una población rural propia sino hasta comienzos del siglo XVIII, cuando —como dice Daniel Vidart—: "El llamado de los ganados salvajes y abundantes atrae a la zona bandas de santafesinos y allá por 1716 hay alrededor de 400 en los campos aledaños a Colonia"; pero "los santafesinos fueron sólo una avanzada; tras ellos se precipitó un abigarrado mosaico de puntanos, mendocinos, salteños, cordobeses, correntinos y paraguayos" (en BARRIOS PINTOS, 1956).

A éstos se suman los portugueses contrabandistas, tapes arrieros, españoles inadaptados, etc., que comienzan a componer el conglomerado étnico que empieza a extenderse por nuestra campaña.

Son justamente los pobladores del occidente del río Uruguay y del Plata, así como los paraguayos, quienes traen el elemento amerindio que la Banda Oriental no había aportado.

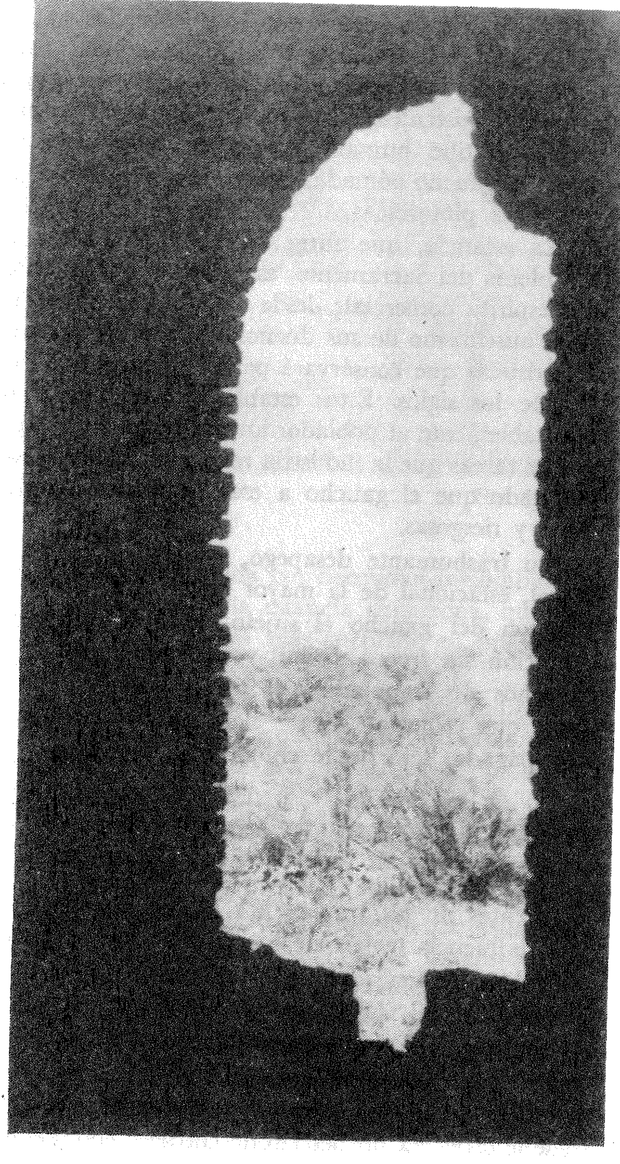


Foto: G. Wettstein

Todo respira vejez: una ventana semiderruida se asoma a un campo siempre igual.

Más tarde las incursiones brasileñas, las campañas militares españolas y luego las criollas van dejando tras de sí rezagos humanos que se integran a los ya existentes, y se va configurando lentamente un tipo humano propio de nuestra campaña: el gaucho nómada, objeto de innúmeras descripciones pintorescas.

La estancia, que surge en los alrededores de la Colonia del Sacramento, es un producto urbano, con espíritu comercial; desde el principio muestra, en el ausentismo de sus dueños, muchas de las características que conservará persistentemente a través de los siglos. Estos establecimientos recurren inevitablemente al poblador autóctono para las humildes tareas que la industria requería; nadie mejor adaptado que el gaucho a esas funciones esporádicas y riesgosas.

Su trashumante desapego, sumado al carácter zafral, estacional de la mayor parte de sus tareas, hicieron del gaucho el sujeto ideal de una explotación sin frenos. Dúctil y desentendido de sus derechos de trabajador, él hará toda la fajina, hasta que resuelva "dirse". Poca mano de obra, y mal pagada, será desde entonces lo corriente.

OVEJAS Y ALAMBRADOS

Si bien en nuestro país existían ovejas —descendientes de las traídas por los españoles—, escasa influencia tenían en la economía del país y su valor era despreciado por el habitante de la campaña. Decía el viajero inglés Ackerman en 1720: "Pero tal era el prejuicio existente contra las ovejas que, hasta hace muy poco tiempo, el más pobre mendigo de Buenos Aires se consideraría ofendido si se le ofreciera un pedazo de cordero, considerándolo como un desperdicio" (BARRIOS PINTOS, 1956).

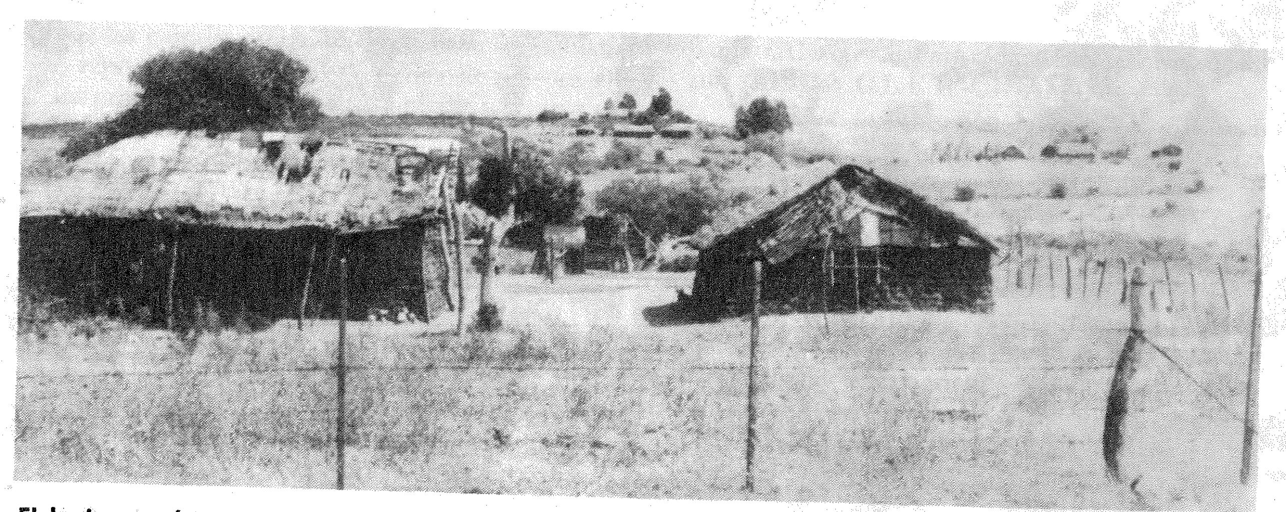
Sólo a comienzos del siglo XIX, por obra de ingleses y franceses, comienza a tomar importancia la cría ovina, con la importación de ganado de raza para mejorar la producción de carne y de lana. Y esto fue el bien del gaucho tradicional, nómada y despreocupado. Dicen Barrán y Nahum (1967): "La oveja le fue royendo al criollo poco a poco el espíritu aventurero y despreocupado por su futuro económico, que lo había caracterizado hasta entonces; lo ató al suelo".

Las exigencias que imponía al estanciero este tipo de explotación (en cierto modo intensiva con respecto a la cría de vacunos) requirió mano de obra más o menos estable y asentada en la tierra, pues el pastoreo y el cuidado de estos animales son mucho más complejos y su rendimiento pleno requiere una atención constante.

Por ello, en un principio, esta tarea fue realizada por extranjeros —ingleses y franceses principalmente, vascos y catalanes luego—, que fueron atraídos con ese fin. El criollo se adaptó a este tipo de vida en forma muy lenta y tiempo después. Y cuando se acostumbró a él, cuando realmente logró un nuevo equilibrio en el medio natural, contando con ocupación estable y segura, apareció el alambrado. El alambrado que, al mismo tiempo que marcó en forma insultante el derecho absoluto del terrateniente, separó definitivamente al peón de la riqueza que su trabajo producía.

Comenzó a mediados del siglo pasado a introducirse el alambre para cercos, pero sólo en 1870 su utilización general alcanzó un ritmo importante. Entre ese año y 1880 se colocaron 32 millones de quilómetros de alambre en el medio rural, cantidad suficiente como para dar 800 veces la vuelta a nuestro planeta.

El impacto que este hecho produciría en la vida del proletariado rural fue previsto ya en 1878,



El horizonte del paisano: siempre erizado por alambrados de varios hilos. Foto: Juan Rudolf

año en que M. Cluzeau Mortet escribía en la Revista de la Asociación Rural:

> **"¿Qué hará el desventurado paisano cuando se vea expulsado de la estancia donde vivía feliz con su familia? ¿Dónde podrá hallar una ocupación que le procure el sustento de sus hijos? Es innegable que la industria ha de nacer con el desarrollo de la ganadería perfeccionada; ¿pero de aquí a que llegue este feliz momento debemos condenar las familias criollas a los horrores de una vida errante? Fuera de la estancia para el oriental no hay refugio; es un paria que toda la gente desprecia y teme a la vez" (Citado por SOLARI, 1958).**

Y así, nuevamente el poblador rural se encontró "libre" y sin más límites que el horizonte. Pero un horizonte ahora erizado de alambrados de varios hilos, que lo condujeron inevitablemente hacia una nueva forma de vida, a la orilla de los establecimientos a los cuales estaba hasta entonces integrado. Nació el rancherío rural con su mísera y olvidada población, que cumplió hasta hoy con su destino de proveedor de fuerza de trabajo barata y de uso esporádico, adaptada por necesidad ineludible a los requerimientos de la estancia cimarrona, que sigue siendo a la fecha la más corriente en nuestra ganadería.

Que el poblador actual es el descendiente directo de esos gauchos desplazados del siglo pasado es bien evidente, si nos atenemos a un sencillo cómputo de apellidos clasificados por su origen. Lo realizamos en base a los cuestionarios familiares relevados en la investigación que sobre rancheríos rurales y minifundios de todo el país efectuara en marzo de 1967, con participación de estudiantes universitarios, el Departamento de Extensión Universitaria, en uno de sus programas de acción social (al que nos referiremos en adelante con la indicación D.E.U.-A.S.U.). De 1.194 apellidos analizados, 995 son de origen ibérico; solamente hay 50 de origen italiano y uno solo de ascendencia sajona.

Si, para comparar, hacemos un cómputo similar con los dueños de los establecimientos ru-



Foto: G. Wettstein

Pregúnteles por su apellido: difícil será que haya alguno de otro origen que el ibérico.

rales de mayor importancia en tres departamentos del litoral (Colonia, Río Negro y Paysandú) podemos ver que, en 261 establecimientos registrados, 36 propietarios tienen apellido inglés, 22 son de origen francés y 37 de ascendencia italiana; de los restantes, el 80 % tiene apellidos de clara ascendencia vasca o catalana, que demuestran su inserción relativamente reciente en el medio rural (BARRIOS PINTOS, 1956, 1957 y 1958).

LOS PAISAJES HUMANIZADOS

En la medida en que el ser humano se asienta con vocación de permanencia sobre un medio geográfico, modifica la naturaleza absoluta y crea paisajes.

Esa implantación reconoce grados de intensidad o complejidad diferentes. Por eso se dice que un paisaje humanizado puede ser fragmentado, equilibrado o totalmente humanizado.

Es fragmentado, cuando la naturaleza aún predomina sobre la obra del hombre: una pequeña chacra familiar en medio de una pradera virgen, por ejemplo. Es equilibrado u organizado, cuando hombre y naturaleza se complementan, y las influencias parciales son sustituidas por la interrelación dinámica; es el caso de los potreros con praderas artificiales de una estancia moderna. Es totalmente humanizado o urbanizado, cuando el hombre suplanta por completo a la naturaleza. ¿Quién recuerda a las cuchillas cuando pasea por Montevideo? Sin embargo, la Avda. 18 de Julio está plenamente asentada en una de ellas.

Pero la implantación reconoce, además, diferentes lapsos de realización; por eso se habla de que los paisajes humanizados pueden ser paulatinos o repentinos: difusión de la zona de viñedos entre los primeros, creación de un embalse y represa entre los últimos.

Desde hace cincuenta años, por lo menos, están definidos para Uruguay sus principales paisajes. Desconcierta, entonces, comprobar que la inmensa mayoría de ellos son, aún hoy, paisajes humanizados fragmentados. Porque quince de los diecisiete millones de hectáreas que se relevan en cada censo agropecuario siguen apareciendo como "tierras destinadas a pastoreo", porque apenas hemos sobrepasado el medio millón de hectáreas de praderas artificiales, porque el 80 % de los paisajes agrícolas son tierras de labranza con agricultura extensiva.

Por su ritmo de creación, casi ni cabría hablar de *paulatinos* o *repentinos:* ambos conceptos implican cierto crecimiento, sostenido o súbito. Y los paisajes humanizados de Uruguay son, en cambio, estacionarios. Entre un censo agropecuario y otro, suele darse la situación sorprendente de que las superficies destinadas a pastoreo aumenten en vez de disminuir.

Si la humanización de un paisaje lleva implícita la radicación de las poblaciones, fácil es deducir las desigualdades que en su distribución ocurrirán en Uruguay.

ZONAS AGROECONOMICAS Y AREAS LOCALES

Nada más didáctico que comparar el mapa de distribución de la población junto con el de las zonas agroeconómicas. Ambos aparecen en la formidable investigación sobre la *Situación económica y social del Uruguay rural,* realizada por el Centro Latinoamericano de Economía Humana y la Compañía CINAM de París (en adelante mencionados con las siglas C.L.E.H.-CINAM).

En dicha investigación la zona *Cero* hace referencia a las áreas hortícola y frutícola que rodean a Montevideo y se extienden hasta Progreso. La zona *Uno* equivale a la zona de chacras de Canelones. La zona *Dos* es el área lechera, desde Florida hasta Colonia. La zona *Tres* incluye el litoral triguero, desde Colonia hasta Salto. La zona *Cuatro* se caracteriza por el predominio de la ganadería con intercalaciones agrícolas, como caña de azúcar, citrus y cereales (incluyendo las arroceras del Este). La zona *Cinco,* finalmente, es exclusivamente ganadera.

Por las razones expuestas al comenzar este volumen, nos interesan particularmente las zonas Cuatro y Cinco, es decir, casi el 75 % del territorio nacional, con excepción de una franja de cien kilómetros de ancho junto al litoral platense y al litoral del río Uruguay hasta Salto.

Atendiendo a los datos del C.L.E.H.-CINAM, en esas dos zonas vive el 50 % del total nacional de población dependiente de tareas agropecuarias (una precisión más ajustada que la de mera población "rural"); ese total sería de unas 450.000 personas.

Puesto que a lo largo de este volumen haremos frecuente referencia a población rural dispersa y nucleada, digamos que se entiende por dispersa aquella que reside fuera de los centros poblados, y por población nucleada la que, aunque dependiente de tareas agropecuarias, habita estos últimos. Incluyendo en sus filas aun a los habitantes de núcleos de hasta 2.000 personas (lo que consideramos exagerado para nuestro país), la población rural de Uruguay no pasa del 23 % de la población total.

CENTRO LATINOAMERICANO
DE ECONOMIA HUMANA
C I N A M

ESTRUCTURAS AGRICOLAS
POR ZONAS
AREAS CULTIVADAS POR PRODUCTO

azucar hortalizas
1 hortalizas
2 frutales
3 viñedos
4 papas
5 boniatos
6 trigo de pan
7 maiz
8 lino
9 girasol
10 mani
11 arroz
12 forrajes
13 remolacha
14 azucar

1
2
3
4
5
0

0 10 20 30 40 50 100 Km.

POBLACION RURAL

CENTRO LATINOAMERICANO
DE ECONOMIA HUMANA
C I N A M

FUENTES: I.T.U. FAC. DE ARQUITECTURA
CENSO AGROPECUARIO 1956
ABRIL 1962

0 10 50 100Km



Foto: G. Wettstein

Desequilibrio entre los sexos: siempre más hombres que mujeres en el Interior rural.

En los predios ganaderos las densidades de población varían entre 80 habitantes por quilómetro cuadrado en los menores de 10 Hás., hasta 0,5 (un habitante cada dos quilómetros cuadrados) en los mayores de 1.000 Hás.

Consecuencias mucho más graves surgen de la desigual distribución por sexos en la población rural. He aquí las cifras del Censo de 1963:

edades	hombres	mujeres
0 - 9 años	52.000	46.200
10 - 19 años	47.600	37.800
20 - 29 años	40.500	29.400
30 - 39 años	35.300	27.500
40 - 49 años	31.700	22.200
50 - 59 años	28.600	16.700
60 y más	23.900	17.400

De aquí resulta que en los tramos de edades productivas, en aquellos en que se forma familia y se procrea (20 a 40 años), hay en el Interior rural 133 hombres por cada 100 mujeres. Y el desequilibrio se acrecienta en las zonas ganaderas: tres hombres por cada dos mujeres.

Si para los hombres las posibilidades ocupacionales son escasas, para las mujeres del medio rural son nulas: cuando mucho podrá ser lavandera por cuenta propia, sirvienta o cocinera en alguna estancia. La intensa y persistente migración femenina hacia los pueblos y ciudades explica las cifras anteriores.

Por eso, también, ya en la población rural nucleada la relación hombres-mujeres se invierte: 51,5 % de mujeres y 48,5 % de hombres.

Otro dato para recordar, en esa población nucleada, es la enorme proporción de niños: el 46 % de los habitantes de núcleos rurales es menor de 15 años.

Si la distribución de población rural total es desigual, también lo será la de los centros poblados. Mientras en la zona de chacras "canarias" existe un centro poblado cada 80 quilómetros cuadrados, en las zonas ganaderas (*Cuatro* y *Cinco*) hay apenas uno cada 800 quilómetros cuadrados, como promedio.

En las áreas ganaderas, además, dichos centros presentan un mínimo de servicios ofrecidos: policlínica sin médico residente, escuela rural completa, almacén de ramos generales o boliche, canchas para deportes pero sin asociación constituida, bailes esporádicos. Nada más.

Esos centros de menor jerarquía tienen que cubrir un área extensa en relación con sus equipamientos, y presentan el problema de que apenas la mitad de esa superficie está cubierta en una hora de distancia-tiempo (lapso que se toma como límite para distinguir lo cercano de lo lejano en nuestro campo). En general carecen de transporte regular, lo que apareja dificultades de comunicación con otras áreas y de acceso a otros centros con mejores equipamientos.

De 43 rancheríos estudiados por D.E.U.-A.S.U., 27 están a más de 30 quilómetros de distancia de la policlínica más cercana; en 24 se tiene que recorrer una distancia de por lo menos 5 quilómetros para acceder al ferrocarril o al ómnibus; y también en 24 rancheríos el teléfono más próximo está a más de 5 quilómetros de distancia.

Si las limitaciones señaladas se extienden a los 270 rancheríos del país, hay que concluir que afectan a 34.000 habitantes; dificultades mayores encontrará, lógicamente, la población rural dispersa.

El boliche es uno de los escasos servicios permanentes en los centros poblados rurales.

Foto: D. E. U.



EL PROBLEMA DE LA TIERRA

TENENCIA Y TAMAÑO

Ya en 1787 se decía desde el Cabildo de Montevideo:

"Un continuo número de hacendados ocupan, ellos solos dentro de la jurisdicción, más terrenos que todos los demás juntos; no contentos con las leguas que poseían —donde hubieran podido acomodarse 600 ó 700 vecinos— han extendido fuera de ellas solicitudes de campos realengos por medio de denuncias o compras, de suerte que los demás o han de ser sus fundadores o unos holgazanes, todo en perjuicio de la industria y de la población" (Citado por SOLARI, 1958: 264).

Apenas comenzó a interesar la apropiación de la tierra —y no sólo la del ganado, como hasta fines del siglo XVII—, el proceso de concentración de las propiedades se puso en marcha. Nadie puede discutir que se inició bajo los mejores auspicios para el patriciado de entonces, si se recuerda que Francisco de Alzaybar fue agraciado con 60 leguas cuadradas (más de 15.000 Hás.) y que los García de Zúñiga recibieron del Rey 400 suertes de estancia (una suerte de estancia equivalía a 2.700 cuadras).

A principios de este siglo, treinta años después del masivo alambramiento de los campos, los dos extremos de la escalera fundiaria estaban bien dibujados: los predios menores de 50 Hás. eran 17.139 y representaban el 39 % del total de predios; los mayores de 1.000 Hás. eran 3.781 y representaban apenas un 8,6 % del mismo total.

Cincuenta años después, ante el Censo Agropecuario de 1956, el lector poco atento podría ilusionarse con el aumento tan notorio en el número de predios: de 43.874 en 1908 a 89.130; pero, a poco de analizar, debería reconocer que dicho aumento ocurrió sólo a costa de los predios medianos y pequeños, vueltos a subdividir una y otra

vez, hasta llegar a convertirse en minifundios, mientras el número de los mayores apenas desciende de 3.781 a 3.605, aunque conservando proporción semejante de superficie explotada.

He aquí la situación a mediados de este siglo:

Tamaño	% del Nº de predios	% de Sup. Ocup.
Menos de 50 Hás.	63,5	5,1
50 - 200 Hás.	20,5	11,2
200 - 1000 Hás.	12,0	28,1
1000 - 2500 Hás.	2,7	22,6
Más de 2500 Hás.	1,3	33,6

De aquí surge la denuncia tantas veces formulada por las fuerzas progresistas del país y tan confirmada por la realidad: 1.162 predios mayores de 2.500 Hás. (el número efectivo de propietarios quizás sea bastante menor, como ya estará sospechando el lector) comprenden la tercera parte de las tierras del Uruguay.

Y las denuncias se han hecho públicas, en la década del 60, incluso desde oficinas gubernamentales:

"Se estima que 54.500 de las 86.000 explotaciones registradas por el censo agropecuario de 1961 tienen el carácter de minifundios, y abarcan tan sólo cerca de dos millones de hectáreas; o sea, que el 60 % de los empresarios dispone de apenas el 11,6 % de la tierra.

En el otro extremo 2.500 explotaciones que tendrían las características de latifundio, abarcan 7,4 millones de hectáreas; dicho de otra forma: 3 % de los propietarios disponen del 44 % de las tierras" (C.I.D.E., 1966).

Pero ahora, a fines de esta década, hasta la exhortación a interpretar las estadísticas —y a corregirlas— se vuelve subversiva.

Felizmente —sorprendentemente, sería mejor decir— en Uruguay los censos agropecuarios se suceden con regularidad: 1951, 1956, 1961, 1966, entre los últimos. Ellos denuncian ese creciente proceso de concentración, paralelo al aberrante despoblamiento de nuestra campaña. Aberrante, porque no va unido a ningún tipo de perfeccionamiento tecnológico, ni a aumentos en los rendimientos, ni a mejores niveles de vida para la población rural que permanece.

En 1966, hace apenas tres años, la situación era la siguiente:

Tamaño	% Nº explot.	% Sup. censada	Sup. ocupada	% Pobl. Tot.	% Pobl. Trab.
Menos 50 Hás.	63	4,3	720.000 Hás.	56,6	50
50 - 1000 Hás.	32	37,4	6.040.000 Hás.	32,7	34
Más de 1000	5	58,4	10.000.000 Hás.	10,7	16

Obsérvese el notable hecho de que en los latifundios (porque más de 1.000 hectáreas constituyen latifundio, cualesquiera sean el lugar y el tipo de suelos en este Uruguay) es mayor el porcentaje de población activa o trabajadora, que el de población rural total. Confirmación de otra denuncia: *en las estancias residen sólo quienes pueden trabajar.*

El problema de tamaño importa, pues, tanto o más que el problema de tenencia, porque, si atendiéramos únicamente a este último, podría creerse que el "problema de la tierra" va superándose en nuestro país.

Tipo de tenencia	1951	1956	1961	1966	Sup. ocup. 1966
Propietarios	54 %	54 %	58 %	63 %	10.400.000 Hás
Arrendatarios	42 %	41 %	39 %	33 %	
Medianeros	2,4 %	2,5 %	1,7 %	1,5 %	600.000 Hás.
Otros	1,6 %	2,5 %	1,3 %	2,5 %	

LA EMPRESA RURAL

Toda explotación ganadera o agrícola, cualquiera sea el país de que se trate, ha de darse una forma de empresa de producción. De la inter-



Foto: H. Añón

Desde "cascos" tan reducidos como éste se controlan explotaciones de decenas de miles de hectáreas.

relación dinámica de sus cuatro elementos clásicos: tierra, trabajo, capital y organización, surgirán los resultados (o rendimientos) que la hagan sobrevivir y superarse.

En el Uruguay rural podría sostenerse que aún son pocas aquellas concebidas como empresas de producción en sentido estricto: con organización planificada, adecuada tecnificación y cálculo financiero de sus rendimientos. La mayor parte responde a situaciones personales o familiares: tradición familiar en el predio, afincamiento por carencia de otras oportunidades económicas de subsistencia, posesión de la tierra por herencia, mantenimiento o constitución de una forma de atesorar bienes, prestigio social.

En general podría sostenerse que las dos primeras modalidades citadas caracterizan a los pequeños propietarios y/o arrendatarios, mientras las últimas se dan entre los latifundistas. Nos dedicaremos a fundamentar esa afirmación en los próximos párrafos.

Para comprobar que en los predios chicos hay una mayor radicación familiar hemos de recurrir a la relación población activa/población residente: cuanto más baja sea la proporción, significará que viven más personas que las que trabajan (es decir, que allí habrá niños y viejos):

Tamaño	% Pobl. activa sobre total poblac. residente
1 - 199 Hás.	29
200 - 999 Hás.	51
1000 - 2499 Hás.	59
2500 y más	59

Eso no significa, por cierto, que haya más población trabajadora rural por hectárea en los latifundios. ¿Por qué?

Tamaño (en hectáreas)	Nº personas activas por cada 1000 Hás.	Nº de Hás. por persona activa
1 - 199	22	48
200 - 999	4	261
1000 - 2499	3	332
2500 y más	2,4	425

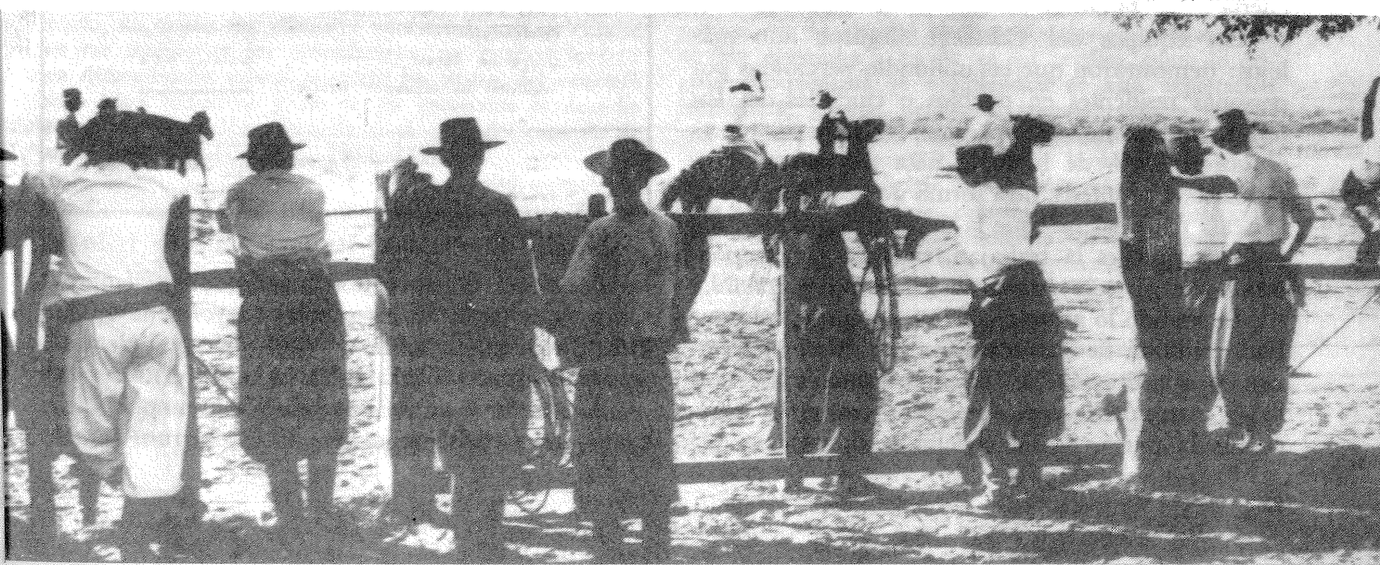
Si el número de personas que viven en los establecimientos pequeños es mayor, tendrían que ser altos los ingresos para permitir niveles de vida decorosos. La investigación del C.L.E.H.-CINAM ha demostrado que eso no ocurre: 40.000 familias de empresarios rurales estaban, en 1962, por debajo de los diez mil pesos de ingreso *anual* (900 dólares por familia y por año al cambio de entonces, es decir, 75 dólares por familia y por mes). "Es una forma de ocupación disfrazada; la persona trabaja, pero su fuerza de trabajo está desperdiciada en un esfuerzo que no puede rendir" (C. L. E. H. - CINAM, 1963: 465).

¿Cómo se explica entonces que no emigren también ellos? Porque se da otro de los rasgos distintivos que atribuimos a los pequeños propietarios: la carencia de otras oportunidades económicas de subsistencia. Y allí les quedan, por lo menos, *algunas* oportunidades. He aquí la interpretación del C.L.E.H. al respecto, que compartimos:

"El minifundio parece ser el lugar donde la sociedad existe con verdadera continuidad, con capacidad de perpetuarse a sí misma y de suministrar la mano de obra que el gran establecimiento emplea durante el período de mayor productividad, y una vez descartada vuelve a sus predios originales."

En las estancias residen sólo quienes pueden trabajar.

Foto: G. Wettstein



Mientras entre los pequeños propietarios la tierra conserva su valor de uso, para los grandes significa cada día más un objeto de especulación, una forma de atesorar bienes. Y también un indicador de prestigio social, pues desaparecido ya el patriciado histórico (REAL DE AZÚA, 1961), convertido en sencillo el enriquecimiento por medios ilícitos —inclusive a través del ejercicio del poder—, restaría como excluyente título "aristocrático" el de propiedad fundiaria.

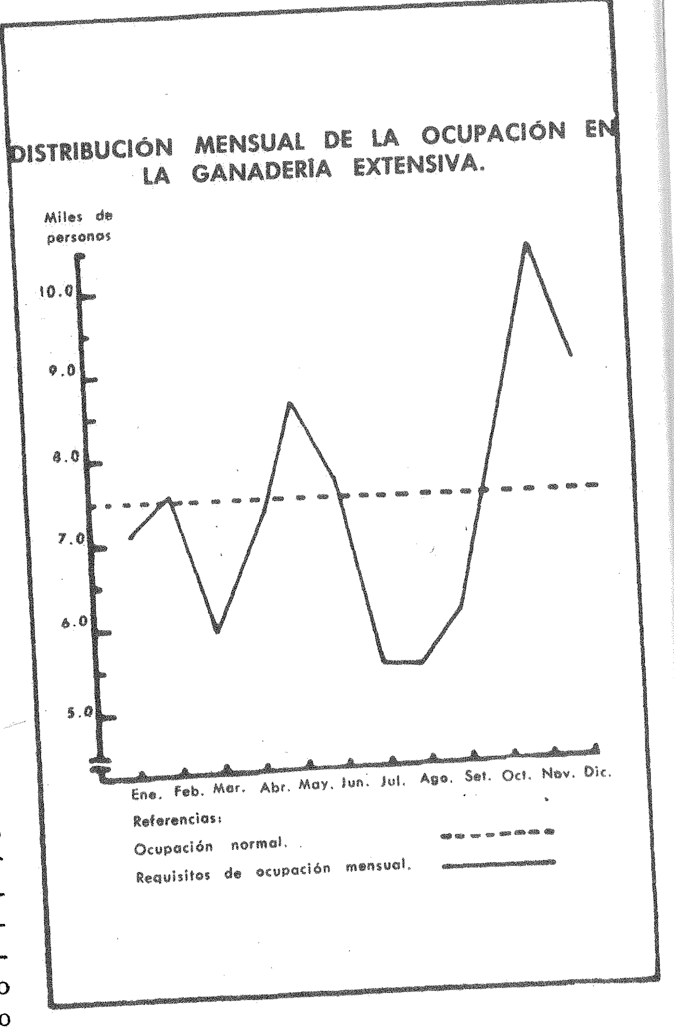
La gran empresa rural, o, mejor dicho, el gran establecimiento (porque tres de cada cuatro explotaciones agropecuarias de Uruguay no recibieron jamás ningún asesoramiento técnico), es administrado a distancia y visitado casi turísticamente.

Esto no es un *slogan* más de políticos de izquierda; se fundamenta en la gráfica adjunta, realizada a partir de la investigación del C.L.E.H.-CINAM.

Por si quedara alguna duda en cuanto a ese característico ausentismo de los latifundistas, agregamos las cifras sobre proporción de empresarios ausentistas según el rubro dominante de explotación: frutiviticultura 1,2 %, agricultura 2 %, lechería 3 %, ganadería 35 %.

Los equipos del C.L.E.H. llegaron aun más lejos: demostraron que las utilidades percibidas por personas residentes en pueblos o ciudades del Interior, en Montevideo, o en el extranjero, representan el 21 % de la renta neta del sector agropecuario. En síntesis, otra forma de neocolonialismo a escala nacional; porque la tierra está produciendo no para quienes la trabajan, sino para metropolitanos que no reinvertirán en ella sus dividendos.

Entendido lo anterior, podrá comprenderse qué fácil resultará la concentración de tales empresarios, la constitución de sociedades anónimas rurales, la intrusión de capitales extranjeros en el negocio de la tierra. Se ha concluido al respecto que



las decisiones de aproximadamente 3.000 empresarios (que explotan los predios mayores de 1.000 Hás.), repercuten sobre el 60 % del total de tierras explotadas (C.L.E.H.-CINAM, 1963).

A propósito de la interpelación a uno de los tantos ministros implicados del Gobierno actual

—el de Industrias, en mayo de 1969— se conocieron algunos detalles significativos sobre el tema que tratamos. El grupo Peirano registra en propiedad directa 20.000 Hás., el Banco Mercantil controla 15.000, el Banco Popular 50.000 y el Comercial 150.000. En conjunto, entre estos solos consorcios, se maneja casi un cuarto de millón de hectáreas.

TENDENCIAS DEL DESARROLLO AGROPECUARIO

El diagnóstico de la C.I.D.E. —condicionador del Plan Nacional de Desarrollo— sintetizó adecuadamente los problemas que acabamos de plantear. Es bueno releerlo:

"El sector agropecuario presenta serios problemas estructurales que se traducen en una desigual distribución de la tierra por tamaño y en el régimen de tenencia imperante. El 83 % de las explotaciones se enfrenta a problemas en el tamaño o en la forma de tenencia. Esta situación plantea serias dificultades al desarrollo tecnológico. Los pequeños propietarios no están en condiciones de realizar las cuantiosas inversiones para el mejoramiento de la técnica de explotación; los grandes, por el contrario, no tienen los alicientes necesarios para orientarse en ese sentido; y los arrendatarios no pueden invertir en determinados rubros mientras los plazos del contrato sean muy reducidos y no se les reconozca el derecho a una compensación adecuada al término del contrato de arrendamiento" (C.I.D.E., 1966: 239).

Eso ha determinado dos tipos de consecuencias en nivel nacional: a) en cuanto a la utilización de las tierras: mal empleadas, subutilizadas y sometidas a un inadecuado uso y manejo (con más de tres millones de hectáreas afectadas por procesos de erosión), y b) en cuanto a la evolución económica: para los últimos treinta años, la tasa de crecimiento por habitante es de 0,2 % anual; antes de la segunda guerra mundial se exportaba el 40 % de la producción agropecuaria; hoy, apenas el 25 %.

El fracaso de las políticas agropecuarias es reconocido inclusive por los más recalcitrantes. Uruguay, que ostenta el récord mundial de reformas agrarias presentadas en Cámaras, nunca tuvo en realidad una política racional acerca de la tierra.

"La legislación vigente, dirigida a modificar las estructuras, ha tenido escasa significación. La política tributaria más bien ha consolidado esas estructuras; ha sido más fiscalista que finalista." Dicho por la C.I.D.E. en 1965, esta afirmación vale aun más hoy en día, cuando se lucubra sobre las tasas de impuesto a las tierras improductivas.

Tasas que —todos lo saben— jamás podrán aplicarse; reformas que —las oficinas gubernamentales lo dicen— nunca contarán con respaldo suficiente:

"Los latifundistas, salvo excepciones, serán remisos a estas innovaciones: porque con los actuales bajos niveles de exigencia obtienen elevados ingresos de sus explotaciones en virtud de la gran extensión de las mismas; porque por lo general son empresarios ausentistas y no estarán dispuestos a residir en los predios, como lo exigiría normalmente la complejidad de una explotación tecnificada; porque, debido al tamaño excesivo, difícilmente dispondrán del capital indispensable para atender las inversiones necesarias; y porque la propia capacidad empresarial para dirigir una explotación compleja en gran escala de superficie, constituirá un factor limitante, que incluso volverá antieconómicas las inversiones que se realice por encima de determinadas extensiones" (C.I.D.E., 1966: tomo I, 288).

Y, en tanto, el éxodo rural continúa, inexorablemente, a razón de casi 8.000 criollos por año (el 75 % de los cuales desde las zonas ganaderas), todos los años:



Foto: G. Wettstein

Pasado y presente juntos en los fondos de una feria ganadera: atuendo tradicional, cheque y calculadora.

Año	Población rural
1951	454.000
1956	414.000
1961	390.000
1966	330.000

Simultáneamente crece, también inexorablemente, el número de asalariados rurales, buen indicador de pauperización en el medio agropecuario uruguayo:

Año	Nº peones a sueldo
1926	7.540
1931	11.300
1936	14.200
1941	18.000
1946	22.300
1951	23.000
1962	46.400

Para armar este cuadro hemos trabajado con las cifras utilizadas por Solari (1958), extraídas de los censos agropecuarios y con los datos del C.L.E.H. para el año 1962; esos 46.400 peones son los permanentes (mensuales o a jornal). Si se computaran además los eventuales (14.500 más) el volumen de asalariados llega a 61.000; se habría multiplicado casi por tres de la penúltima a la última década.

"**Tal como se practica en Uruguay la forma de contratación por salario expulsa del ámbito del establecimiento la vida de la sociedad rural, al expulsar el grupo familiar y todos los elementos colectivos del grupo local. Retiene sólo al trabajador mismo,** en tanto su fuerza de trabajo resulta utilizable, **y se desinteresa de considerar si las distancias le hacen imposible integrarse a aquellos grupos para llevar una vida humana" (C.L.E.H.-CINAM, 1963: 464. Subrayado nuestro).**

LA ESTRUCTURA SOCIAL

FAMILIA

"¿Qué virtudes hogareñas puede cultivar el que, por razón de su trabajo, llega a su casa sólo de vez en cuando y allí no encuentra más que un tugurio inhóspito, con unos cajones y unos camastros por muebles y una mujer y unos chiquilines desgreñados por familia?

"No es admisible que los intereses materiales del lucro tengan prelación sobre los intereses morales de la familia. Duele y avergüenza comprobar que en Uruguay muchos obreros del campo no pueden formar familia, porque ella no es rentable para el patrón dentro de las estancias, o porque el jornal retaceado no alcanza para sostenerle fuera. Fruto de este inhumano régimen son las mujeres cargadas de hijos sin padres."

Así se expresaba el Obispo de Rivera y Tacuarembó, Monseñor Parteli, en una carta pastoral de diciembre de 1961.

Y, sin embargo, la familia sigue siendo una de las pocas instituciones sólidas del medio rural. Durante muchos años la literatura sociológica se regocijó con páginas de antología sobre la ilegitimidad de la familia rural (v. gr.: Chiarino-Saralegui y Solari).

El primer estudio global serio sobre esa parte de nuestra realidad deparó sorpresas al respecto: entre la población rural dispersa el porcentaje de simples uniones no llegó al 5 % (en Montevideo es de 2,2 %), y entre la población rural nucleada alcanzó al 15 % (C.L.E.H.-CINAM, 1963).

Es decir que, aun en los rancheríos, por lo menos ocho de cada diez parejas están unidas por matrimonio civil y religioso a la vez. Se ensaya una interpretación del hecho: la consensualidad habría disminuido en la última década ante las exigencias para el cobro de asignaciones familiares. No creemos, sin embargo, que —manteniéndose la tradicional pasividad de labor en los juzgados de paz rurales— se haya producido cambio tan sustancial en un lapso breve. Habría que pensar,

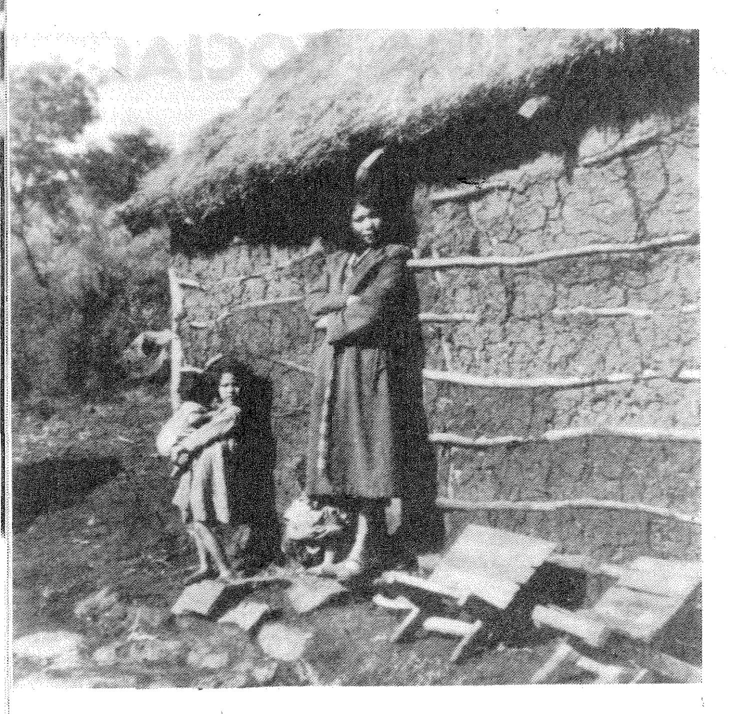




Foto: G. Wettstein



La familia rural en su vivienda: ni familia ni vivienda.

mejor, en que la ilegitimidad nunca fue excesivamente alta en el Interior rural.

Ya es hora de dejar de preocuparse por ella: la desorganización de la familia no encuentra allí su causa. No hay mejor documento acusatorio del actual sistema de tenencia y explotación de la tierra que la residencia de integrantes de familias rurales según el tamaño de los predios ganaderos:

—en los menores de 200 Hás. reside fuera del predio el 5 %;

—en los predios entre 200 y 1.000 Hás. reside fuera el 22 %.

—en los predios entre 1.000 y 5.000 reside fuera el 76 %.

La proporción disminuye en los latifundios mayores, porque allí residen peones permanentes. Pero no debe olvidarse nunca que, en los establecimientos grandes, tres de cada cuatro personas residen, de modo estable, fuera del predio. Es decir, que tienen sus parientes o sus hogares a distancias variables del mismo, que su relación con aquéllos será periódica —sábados de tarde o domingos— y con el carácter de visita y no de convivencia.

Para reafirmarlo basta con buscar las proporciones de convivencia completa (es decir, de familias en que todos sus miembros duermen juntos cada día de la semana): alcanza a 73 % en la población rural dispersa y a 61 % en la nucleada.

Desciende aun más —a 55 %— entre los peones de los minúsculos caseríos de las zonas ganaderas. Dicho de otro modo: uno de cada dos peones casados de la zona ganadera, no vive permanentemente con su familia.

Como consecuencia, se dan ciertas formas de desorganización social —no de disgregación—, entre las cuales ésa de la familia formada en torno de una mujer y no en torno de un hombre. Una de cada cinco familias tiene ese rasgo distintivo en la población rural nucleada.

Esa realidad, observada desde hace décadas, ha dado lugar a interpretaciones y reinterpretaciones, réplicas y contrarréplicas, acerca de si se trata o no de una forma de matriarcalismo cultural. Alguna vez se investigará a fondo el tema, y la literatura sociológica será sustituida, también entonces, por la interpretación científica. Nosotros sostenemos que esa situación familiar debe comportar un determinado tipo de trasmisión cultural propia, de madres a hijos, diferente a la que se dé en las familias completas: padre-madre-hijos.

LAS CLASES SOCIALES

Si en el Uruguay urbano cada vez queda más al descubierto la estructura capitalista dual de clases sociales —entre los poseedores de los medios de producción y los no poseedores— en el Uruguay rural eso resalta nítidamente desde hace un siglo.

No obstante es frecuente, aun hoy, encontrar referencias a las "condiciones feudales" de nuestras estructuras agrarias, especialmente de las pecuarias.

Esa mitología de clases se encuentra en el léxico oficial de la derecha, pero también se ha deslizado en documentos partidistas de la izquierda.

Se podría interpretar, a partir de ello, que en nuestro campo existirían relaciones productivas feudales, particularmente en los vínculos entre patrones y peones, que funcionarían casi como señores y siervos en cuanto a la reciprocidad de las prestaciones.

La facilidad con que caemos en la valoración subjetiva de situaciones y personas, conduce a hablar de estancieros "buenos" y estancieros "malos". En la investigación del Departamento de Extensión Universitaria se intentó profundizar al respecto. A la pregunta "¿Ud. cree que los patrones se interesan por las condiciones de trabajo de sus peones?", prácticamente la unanimidad respondió que sí; pero preguntados sobre "¿En qué forma o cómo se interesan?", aproximadamente uno de cada dos entrevistados respondió que en el rendimiento o aspecto productivo, y un 20 % suplementario en las *condiciones* en que trabajan.

Frente al proletariado rural, la burguesía es una sola, ni buena ni mala. Una burguesía cuya posesión monopolista de la tierra se conecta —y entrelaza— con los restantes monopolios comerciales e industriales de radicación urbana, deviniendo entonces en oligarquía.

La "oligarquización" de la clase alta rural ha sido suficientemente demostrada para Uruguay: 500 familias monopolizan el 50 % de las tierras, controlan el 74 % del capital invertido en la industria y el 70 % del invertido en la banca (TRÍAS, 1962).

Esa clase alta es rural sólo en cuanto a la tierra que domina; en el capítulo anterior señalamos la condición de ausentistas de los grandes propietarios; y no se piense que ello ocurre como consecuencia del creciente proceso de urbanización. En 1871, cuando se fundó la Asociación Rural, dos de cada tres socios tenían domicilio en Montevideo.

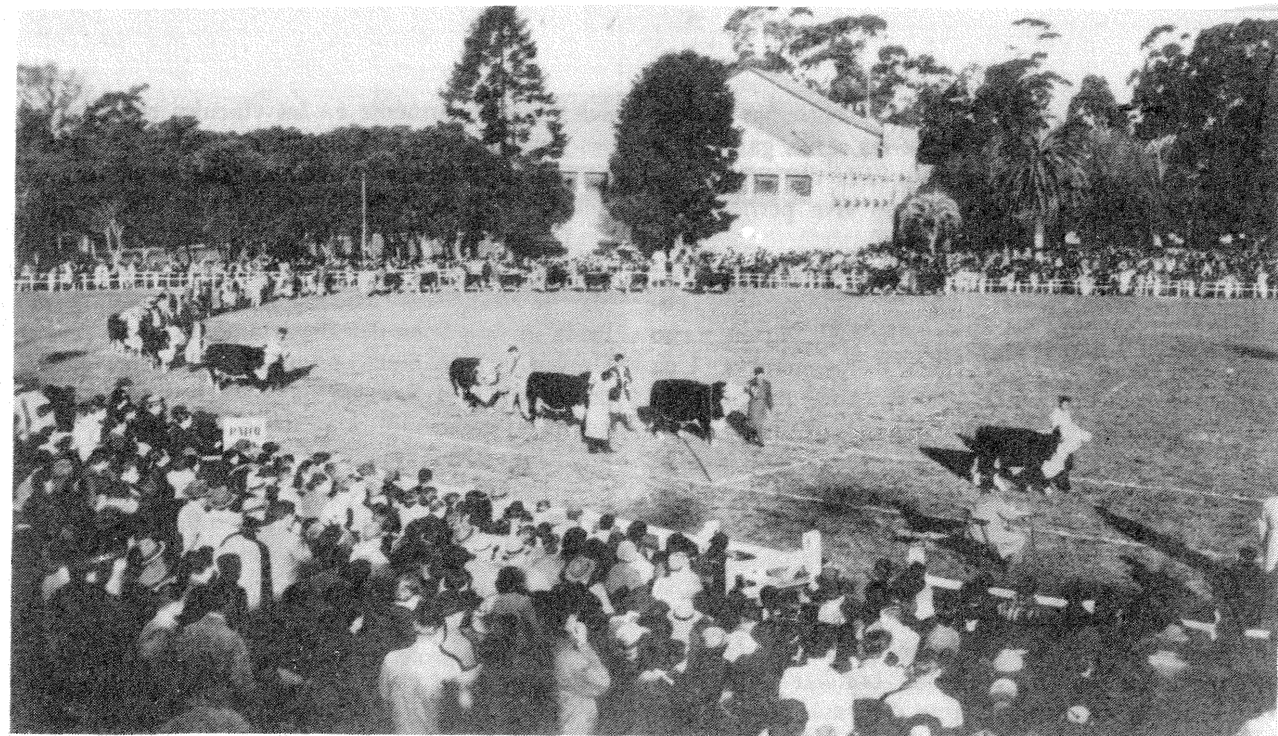


Foto: Min. Ganadería y Agricultura

Las clases altas rurales en uno de sus santuarios del lucro: la Exposición Rural del Prado.

Si la clase alta no está radicada en el campo, se explica entonces que la población rural esté menos diferenciada y estratificada que la población urbana; esto es, que sean allá menos notorios los contrastes en niveles de vida.

Las clases altas rurales, que son urbanas, ocupan menos cargos dirigentes, pero ejercen una influencia política considerable a través de los grupos de presión —asociaciones ruralistas— que representan sus intereses.

Frente a esa burguesía se encuentra el proletariado, rural tanto por extracción como por radicación. Trabaja por un salario que puede ser en especie o en dinero; y realiza esa enajenación de su fuerza de trabajo no sólo para los terratenientes, sino también para los medianos propietarios y hasta para ciertos arrendatarios y medianeros que se sirven de ellos para cumplir sus obligaciones laborales respecto de sus propios terratenientes. (Ver A. G. Frank, 1968.)

Frank se hace, nos hace, estas preguntas, cuyo trasfondo está aún por investigarse para Uruguay:

"¿Hasta qué punto está interesado este proletariado rural en la tierra, y hasta qué punto en jornales más altos o en mayor seguridad de empleo? ¿Y hasta qué punto se interesan los pequeños propietarios y los arrendatarios, víctimas de la explotación también pero que a su vez tienen jornaleros, en evitar que los salarios suban o que se aprueben y apliquen en las áreas rurales leyes de jornales mínimos, para que se empeore su propia posición competitiva frente a los grandes monopolios de la tierra?" (Por esto, quizás, una organización basada en las llamadas "clases medias" rurales, la Liga Federal de Acción Ruralista con Benito Nardone al frente, tuvo una neta orientación reaccionaria y conservadora, ante los problemas principales de nuestro campo. Nota de los autores.) **¿Hasta qué punto son estos mismos pequeños propietarios y aparceros trabajadores a jornal (interesados en salarios más altos) o comerciantes (interesados en precios más altos), porque la tierra que poseen o arriendan o trabajan a la parte, no les alcanza para mantener a sus familias? ¿Hasta qué punto los propietarios de fincas medianas no son agricultores en absoluto, sino comerciantes pequeño-burgueses, rurales y urbanos, empleados o profesionales, interesados en exprimir al máximo a los que trabajan sus tierras?" (FRANK, 1968: 33).**

La falta de conciencia de clase en estos proletarios rurales alcanza notoriedad tras la investigación universitaria sobre rancheríos rurales; sus resultados serán publicados a breve plazo. Confiamos en que, tras conocerlos, revean sus actitudes los ideólogos esperanzados en que la mera explotación conduzca a los explotados a tomas de posiciones políticas progresistas.

Preguntada la población adulta de rancheríos sobre "Cómo explica la diferencia entre lo que gana un peón y lo que gana un patrón", dos de cada cinco respuestas válidas (descartadas las *sin información* y los *no sabe)* la explican "porque los patrones no son haraganes"; uno de cada tres, por la capacidad, la inteligencia o el mayor estudio de los patrones; y uno de cada cinco por la mayor responsabilidad que tienen.

Estos resultados fueron corroborados por las respuestas a la pregunta sobre "Cuáles y cuántas son las clases sociales". Más de la mitad de las válidas señaló que había dos o varias clases por razones de estudio; en un 30 %, aproximadamente, la división se hacía según el dinero.

Resulta sorprendente, a primera vista, que un gran número de entrevistados se consideren a sí mismos como incluidos en una posible "clase media". Mostrada que les fuera una gráfica que representaba una escalera con siete escalones, y al solicitárseles se colocasen en uno de ellos —en aquel en el cual se sintiesen socialmente en ese momento—, dos de cada tres lo hicieron entre los numerales tres y cuatro, exactamente en la mitad.

Y eso precisamente ahora, cuando lo que cabe sostener es la inexistencia de clases medias rurales; porque mientras en 1925 los asalariados eran el 8 % de la población agrícola total (no de la población activa), a fines de la década del 50 eran

Peones zafrales del arroz: el comienzo de la conciencia sindical en el campo.

Foto: G. Wettstein



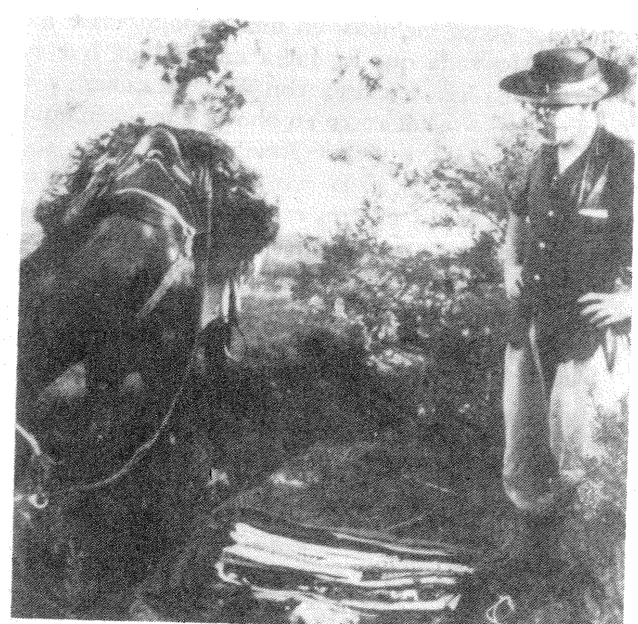


Foto: G. Wettstein

La dispersión de la población rural hace perdurar ciertos servicios a domicilio. Como el de este vendedor de telas, remedo del "turco" de antaño.

ya el 30 %; y, aunque sus salarios acusen saltos notables (600 pesos mensuales promedio en 1964, 8.700 pesos mensuales en 1969; en ambos casos según la Ley del Trabajador Rural), el costo de la vida se multiplicó por veinte en el mismo lapso.

Si la conciencia de clase falta, tampoco existe la sindicalización, y viceversa. El aislamiento y la distancia entre estancias, la proporción general de apenas un peón con trabajo estable cada mil hectáreas, impiden la agremiación. No es por casualidad que los sindicatos pioneros del medio rural sean los de cañeros, arroceros y remolacheros; la zafra posibilita, al menos, vínculos de sociabilidad y acciones colectivas a nivel de grupos numerosos.

COMUNIDAD

Nuestros paisanos no son aún conscientes de lo que significan las uniones reivindicadoras o la solidaridad sindical, pero sí son plenamente conscientes de su aislamiento y de sus dificultades para vivir en comunidad.

Con intensidades diferentes, ello se les presenta no sólo a los integrantes de la población rural dispersa, sino también a los miembros de la población nucleada.

Adquiere dimensión comparativa casi siempre, porque en virtud de la movilidad horizontal que la búsqueda de trabajo impone —de las migraciones cercanas tras una changa breve o de las migraciones distantes cuando las zafras— todos los pobladores adultos han conocido y valorado a vecindarios más extensos, a centros poblados con mayor número de servicios, a ciudades con variadas recreaciones.

En el doble y simultáneo juego de los factores determinantes de migraciones internas, destacadas ya suficientemente las causas expulsivas en el capítulo anterior, adelantamos aquí una de las causas de atracción: el vivir en comunidad.

Porque una cosa es vivir en un vecindario estrecho y otra vivir en una comunidad. La primera situación se da especialmente entre la población rural dispersa: un vecino situado a varios quilómetros de distancia es sentido como más cercano, y necesario, que nuestro vecino urbano del apartamiento contiguo. Allá funciona —es imprescindible que funcione— la solidaridad activa: la ayuda que se solicite no puede ser sustituida por ninguna otra ayuda, el favor que se otorga tendrá siempre como contrapartida otro favor que se recibe.

Eso no obsta, sin embargo, a la ocurrencia —aun en los rincones más perdidos del país— de intrigas y rencillas; nos remitimos al contenido del anónimo que copiáramos en el solitario comercio de ramos generales de Paso del Gordo, junto a la desembocadura del arroyo Cordobés, en el Dpto. de Durazno.

Si el vecindario es de relaciones estables y los conocimientos son siempre nominados, es lógico que el valor de la palabra empeñada sea tan cotizado y que esa "cotización" varíe en relación inversamente proporcional al grado de urbanización. "Entre esa gente —nos decía Gastón Mailhos, refiriéndose a la población rural dispersa del noroeste de Tacuarembó y Este de Salto, en el área de su estancia «El Infiernillo» —sigue rigiendo la palabra; es una gente diferente a la del Sur del país, donde ya entró la ley, lo jurídico, cambiando todas las relaciones" (SOSA, IUSIM, WETTSTEIN, 1968).

En síntesis, es ésa una forma de señalar el retraso económico y social de una zona. Porque la masificación sustituirá al vecindario visceral por un vecindario epidérmico. Es irremediable que así

UN ANONIMO RURAL

Sr. Diosilio Faria: *12 de Enero 1967*

Haga el vien de Arreglar el Paso de la Balsa mire que tenemos barios testigo de aca de Durazno como también tenemos testigo del Departamento de Cerro Largo como está todo en malas condiciones Balsa y Puerto y no espero que esto pase a mas adelante usted fijese todo lo que usted Aprogresado a la sombra dela Balsa que tiene Almacén y de todo tenga cuidado y nose descuide mucho: Arregle eso todo lo mas pronto posible sino de lo contrario tendra que lamentar mas tarde todo eso que ahora tiene.

W.h.



Foto: G. Wettstein

Peones para changas: fuerza de trabajo barata que los estancieros mantienen al alcance de la mano, en los rancheríos.

sea, y se sobrelleva aceptablemente en la medida en que la nueva forma de vida aporta sustitutivos; entre otros, la dinámica comunitaria de los servicios multiplicados (aunque sea una "muchedumbre solitaria" quien los usufructúe).

Decíamos, párrafos antes, que la conciencia de esa soledad existe. "Es como una piedra arriba de la cabeza", nos comentaba un ingeniero agrónomo, productor ganadero; "acá ando como perdido", reflexionaba un ex-integrante de la Unidad Cooperaria Nº 1 vuelto a las tareas de capataz de estancia tras vivir siete años en aquella comunidad cooperativa.

No son testimonios sueltos. A la pregunta "¿Cuál es el mayor problema que se presenta en este lugar?", formulada a pobladores adultos de 40 rancheríos, las respuestas mayoritarias indicaron "problemas de relaciones" (desunión, carencia de sociabilidad, etc.); le seguían las respuestas preocupadas por los "problemas del medio físico", entre los cuales el aislamiento y los problemas de caminos.

Y, dado que a vivientes de rancheríos estamos aludiendo, completemos el capítulo con algunas breves precisiones acerca de estos núcleos.

Precisiones breves, porque en los dos últimos años la Universidad ha contribuido a demistificar otro de los caballitos de batalla de la sociología nacional. Superada definitivamente la época de las adjetivaciones y subjetivismos, es oportuno retomar contacto con esa "sombra" del Uruguay, a través de la documentación que citamos en la bibliografía. Allí el lector interesado hallará elementos para acceder al conocimiento de la vida natural en los rancheríos; a la normalidad de su perduración necesaria.

Por eso no compartimos afirmaciones como ésta: "El rancherío es un vecindario, un grupo local, pero que tiene la curiosa característica de no responder a una necesidad racional". (...) "No es el producto de una actividad económica o social, sino precisamente de la inexistencia de esa actividad" (SOLARI, 1958).

Por el contrario, sostenemos que el rancherío responde a una necesidad —racional para la economía latifundiaria, irracional para la economía nacional— que es consecuencia de un modo de producción: la ganadería extensiva con ocupación no permanente de asalariados y abundante "tiempo muerto" rural.

Es absolutamente necesario para las estancias tener a mano, sin gastos de manutención prolongados, a una población trabajadora con una capacitación suficiente para el tipo de tareas que —con el grado de tecnificación actual— ellas requieren.

Sólo así se explica que, mientras la población rural total decrece año a año, la población de muchos rancheríos haya permanecido estacionaria e inclusive aumentado en varios, entre 1963 y 1967 (así ocurrió en 24 de los 40 estudiados por el D.E.U., en los cuales pudimos hacer la comparación entre esas dos fechas).

Pauperización y éxodo del minifundista, acrecentamiento del número de asalariados, búsqueda de una más intensa sociabilidad, resultarían, pues, tres factores explicativos del hecho.

Y a no lamentarse demasiado de que así sea. Esa vida en comunidad es, potencialmente, mucho más propicia que el aislamiento para adquirir una mayor conciencia social.

Uno de cada tres habitantes de rancheríos mencionó hechos económicos negativos (carestía y desocupación) como los acontecimientos más importantes ocurridos en el poblado en los últimos diez años. Y como acontecimiento nacional más importante en el mismo lapso, citaron —en proporción semejante— la despoblación de la campaña.

NIVELES DE VIDA

Todos tenemos una imagen perfecta del paisano, del "gaucho", en nuestras mentes: a través de los últimos cincuenta años se nos ha aderezado, con claridad total, una figura humana y el medio en el que vive.

Un hombre apuesto, de sombrero aludo, poncho terciado, bombachas abultadas, ancha rastra con adornos de plata, lustrosas botas y facón con mango de plata. Brioso caballo, su compañero de siempre, con apero repujado y aplicaciones labradas.

Esta imagen que todos conocemos es el producto de largos años de entusiasmo folklorístico salpicado desde los tablados y las emisoras de radio por los fabricantes de discos, por las asociaciones tradicionalistas, compuestas generalmente por habitantes de la ciudad o propietarios rurales (ausentistas por supuesto) que quizás para tranquilizar su conciencia imaginan ese paisano de papel maché que tristemente suplanta al digno y humilde peón de nuestros campos. Porque la realidad es muy otra.

INDUMENTARIA

El sombrero aludo sí, a veces, pero las más la humilde boina vasca y otras, aun, la cabeza al viento. El poncho también, pero no el robusto manto que las arcas públicas regalan al mismo paisano cuando ingresa al batallón huyendo del hambre, ni el poncho adornado de grecas y colores que ostentan los cantores de moda, sino un humilde retazo de tela burda, casi siempre heredado, que cumple las funciones de capote y de manta, de jergón y de sudario, no por amor a la tradición sino porque es la única prenda de tamaño apropiado.

El ancho cinturón con adornos de plata y oro se puede ver a menudo en la Rural del Prado, pero es el único lugar en que nuestro peón rural entra en contacto con esos adminículos. Sus bombachas, en cambio, están sujetas con un corriente cinto de fabricación industrial o ¡cuántas veces! con una simple piola.



Foto: G. Wettstein

No más gauchos de leyenda; apenas paisanos humildes.

Las lustrosas botas de caña alta, en otras épocas serían corrientes, pero hoy... ¿sabe el lector el precio de un par de botas comunes?

De modo que el calzado generalmente disminuye en pretensiones y tamaño, quedando reducido a la bigotuda alpargata. Siempre que no se opte por andar en patas. Inclusive en ocasiones en que el tipo de faena hace imprescindible contar con botas, hemos visto compartir el mismo par, que pasa de pie en pie, adaptándose a la fuerza a los diferentes tamaños requeridos.

El caballo es imprescindible para las tareas del paisano y su uso corriente, pero no siempre quien lo monta es su dueño; además de costar caro, es un animal que requiere manutención y cuidado. Es frecuente el empleo de caballos prestados por un tiempo, para lograr su adaptación al trabajo, para completar su domesticación. Y, cada vez con mayor frecuencia, la otrora exótica bicicleta es la que transporta al asalariado rural por los retorcidos caminos de terrón y piedra.

ALIMENTACION

Así llegamos a la parte *jugosa* de la pintura que iniciamos al principio de este capítulo: el asado. ¿Quién no sabe de este plato típico del gaucho que se extendió luego por todas partes, en el país y fuera de él, constituyéndose en un manjar de universal apreciación?

Seamos objetivos: el asado criollo es un plato típico del ciudadano y no del criollo. En otras épocas, quizás, el paisano tuvo acceso a suficiente cantidad de carne vacuna para la preparación de una tira a las brasas, o incluso del dispendioso, fanfarrón asado con cuero; pero ya no. Con suerte, alguna vez en el año, en épocas de yerra o en otras ocasiones casi solemnes, el asado ingresa a

Foto: J. Rudolf

Un tropero, peón asalariado por excelencia; las alpargatas son propias, las haciendas son ajenas.



Fotos: G. Wettstein





Y la jubilación no llega.



DERECHA: Una familia completa —pierna herida del hijo mediante— posa con máquina de coser y todo.

PÁGINA ANTERIOR: El alambrador afirma, en postes y piques, los 7 hilos; los animales estarán seguros hasta el momento de su venta en la feria.



Fotos: D. E. U.





Foto: G. Wettstein

PÁGINA ANTERIOR: Fiesta en la escuela, buena ocasión para que hombres y mujeres se junten. Pero la cosa demora: las mujeres esperan, todas de un lado, y los hombres observan, todos del otro.

ARRIBA: "No hay nada más triste que ver jugar a un niño que no tiene con qué jugar." (Juan José Morosoli).



Foto: G. Wettstein

Un alto en la criolla: el acordeonista de 12 años hace soñar a grandes y chicos.
PÁGINA OPUESTA: Rueda de tragos, sí, pero también de amistad.

PÁGINA 40: Aquí en la ciudad disfrutamos la taba cuando las elecciones, no más; en el campo es cosa de muchos domingos, si es que hay "plata dulce".

Foto: D. E. U.

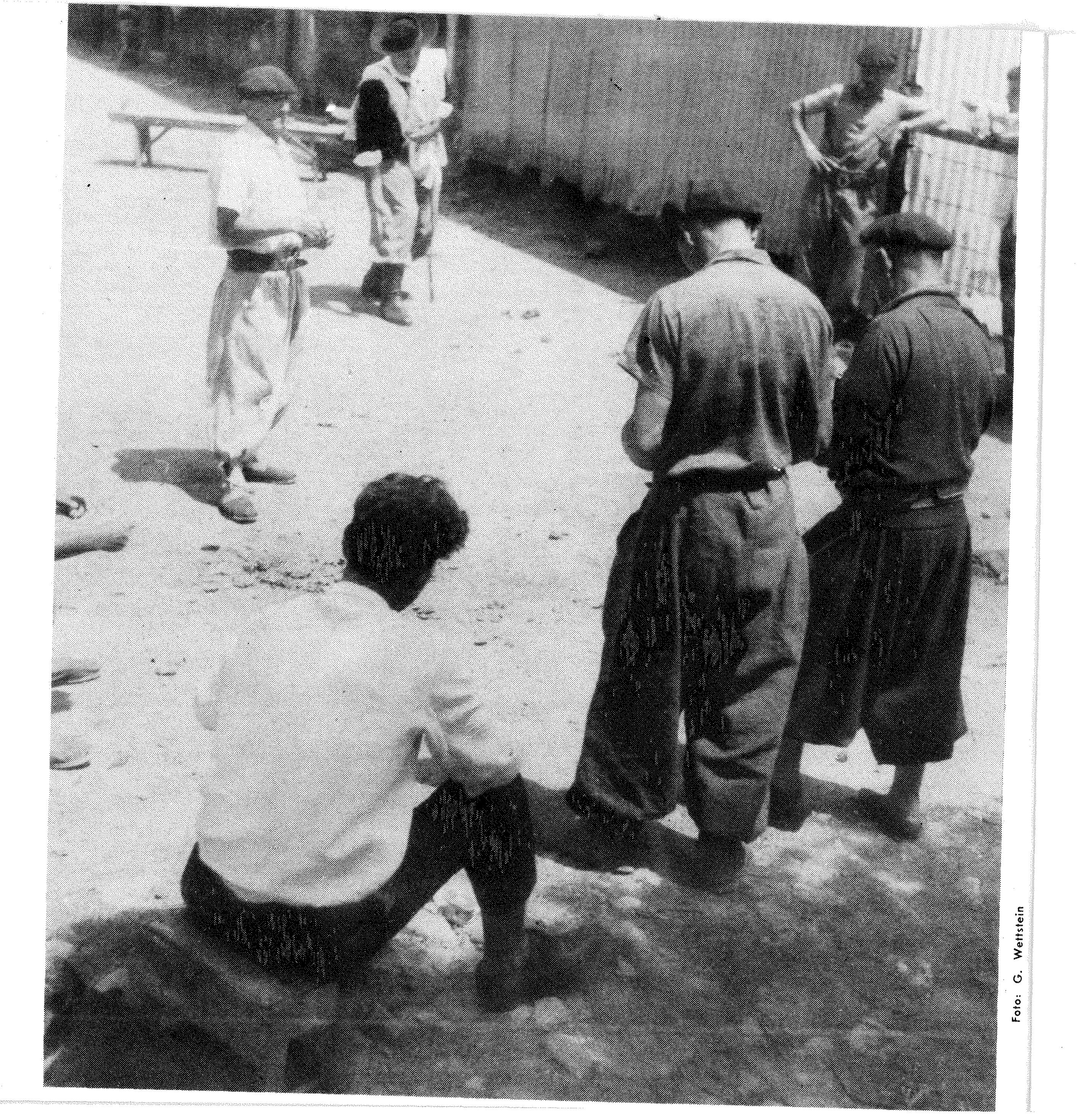


Foto: G. Wettstein

su dieta. Pero en su vida diaria la comida habitual es el humilde capón guisado.

Periódicamente tranquilizamos nuestra conciencia con estadísticas de la F.A.O. y otras organizaciones internacionales que nos demuestran que el consumo de carne en nuestro país es uno de los más altos del mundo; dejando de lado que esos mismos números nos enseñan que año a año tal consumo *per capita* disminuye vertiginosamente (eran 238 kilos por habitante y por año —cálculo de Vaillant— en 1870 y pasaron a 128 en 1952) cualquier viajero medianamente curioso puede fácilmente comprobar que esas cifras son el resultado, fundamentalmente, de las apetencias y posibilidades económicas ciudadanas.

Una de las funciones del asalariado rural es la de producir carne; pero no parece tener el derecho de comerla. El consumo *per capita* de proteínas animales en nuestra campaña debe ser tan bajo como en los países que importan nuestras carnes para su consumo; tal vez más bajo.

La comida habitual en cualquier rancho campesino —el "ensopado", bajo una forma u otra— es simplemente un disfraz del subconsumo de proteínas. Disfraz que se logra con condimentos: ajo, pimentón, etc., para engañar a las exigencias del estómago. En el cuadro siguiente damos las cifras correspondientes al consumo total anual de alimentos de una familia de once miembros, habitante de la cercana campaña de Flores.

Se trata de una zona cuya única fuente posible de obtención de esos alimentos está centrada en el solo comercio que existe en el "pago"; los aportes propios, de la tierra, son prácticamente despreciables, pues consisten en unas pocas cebollas, ajos, y ocasionalmente —y por breve lapso— maíz y boniatos. No hay vacas lecheras ni otros animales domésticos.

CONSUMO ANUAL DE UNA FAMILIA

Familia compuesta por once miembros: padre de 43 años, madre de 33, y nueve hijos que van desde los 16 años el mayor a un año el menor.

A la lista indicada seguramente hay que agregar algunos pocos quilos de carne, aporte esporádico que puede efectuar el padre de familia en sus retornos al hogar desde sus ocupaciones zafrales.

Producto	Consumo anual	Producto	consumo anual
carne	269 kilos	grasa	34 kilos
harina	439 kilos	aceite	8,5 lts.
azúcar	156 kilos	dulce	1,5 kilos
galletas	226 kilos	fideos	33 kilos
arroz	18 kilos	menudos	25 kilos
avena	19 kilos	café	2,800
papas	55 kilos	sal	40 kilos
yerba	42 kilos	queso	3 kilos
pimentón	4.800	trigo	2 kilos
cocoa	250 gramos	sémola	2 kilos
chorizos	500 gramos	vinagre	0,5 litros
harina maíz	8 kilos	fariña	1 kilo
gofio	1.500	vino	1 litro
cascarilla	1.500		

Este cuadro refleja una situación común y corriente; no es el de un caso excepcional. Desafía todas las leyes de la dietética tal como las conocemos. El consumo de proteínas animales es evidentemente inferior al mínimo requerido; pero también es evidente el infraconsumo en los otros renglones.

Eso sin mencionar las vitaminas y otros factores esenciales de la dieta, que son prácticamente inexistentes. La leche se consume en muy escasas proporciones, los vegetales verdes y las frutas son ignoradas, los huevos escasos. Y los pocos vegetales que se utilizan (zapallos, papas, maíz) sólo se consumen incluidos en el ensopado, falto de todo valor vitamínico por el largo cocimiento.

En algunas regiones —por influencia brasileña— se ha hecho popular el consumo de ciertas leguminosas como el poroto, que suple en parte las carencias proteínicas de la alimentación habitual.

VIVIENDA

El rancho, objeto de tantas románticas descripciones, de tanta poesía melancólica, ¿a qué realidad corresponde? Habitación común de nuestro hombre de campo, no se diferencia en nada de los habitáculos más primitivos de los pueblos atrasados del orbe. Esto sucede en 1969, en un país cuyas mayores distancias se recorren en pocas horas.

Una habitación humana cuyas características y utilaje no suscitarían la menor envidia a un pastor neolítico. Ambiente generalmente único, paredes y piso de tierra, techo de paja: dormitorio, cocina, depósito, sala, y el todo impregnado de humo y oscuridad.

Parecería hasta generosamente bajo el porcentaje de 50 % que se atribuye por el C.L.E.H.-CINAM a la categoría de "insuficiencia extrema" en el caso de las viviendas del poblador rural de zonas ganaderas.

No insistiremos aquí, sin embargo, sobre el tema. Nos remitimos a la profusa bibliografía que lo trata, indicada al fin del volumen.

SANIDAD

Desde el punto de vista médico-higiénico la situación general del poblador rural es extremadamente deficitaria. Ya hemos visto que las condiciones de la alimentación son carenciales desde todo punto de vista. Alcanza ver la gran proporción de niños distróficos, panzones, raquíticos que integran el contingente infantil. No en vano la diarrea de verano (gastroenteritis del lactante) cobra su elevada tasa en vidas humanas.



Foto: Juan Rudolf

Nuestros niños del campo: distróficos, panzones, raquíticos.

La posibilidad de recurrir a servicios médicos adecuados es muy limitada; según datos del C.L.E.H.-CINAM el 51,2 % de la población rural necesita recorrer de 10 a 40 quilómetros para encontrar médico; y eso siempre que la estación del año y el estado de los caminos lo permitan, y que la necesidad de asistencia coincida con la estada del médico en ese lugar.

Lo mismo sucede con la atención de los partos, que queda frecuentemente en manos de familiares o personas del lugar con alguna idoneidad adquirida por la experiencia.

En este aspecto de asistencia es también evidente la relación que hay con el tipo de explotación de la zona, ya que en los establecimientos de más de 2.500 hectáreas el porcentaje de quienes deben recorrer más de 10 quilómetros para hacerse atender asciende al 85,7 %.

Lógico es entonces que la medicina preventiva sea muy pobre en la campaña, con sus consecuencias inevitables por falta de vacunación, por la carencia de conocimientos higiénicos, por los resultados del hacinamiento. No es extraño que el Uruguay posea la cifra más alta de equinococosis humana (quiste hidático), enfermedad característica en nuestros campos que sería evitable con la aplicación de mínimos procedimientos preventivos.

Estas dificultades se solucionan en parte con la intervención del curandero, protegido y ocultado por el poblador rural, que cumple una función si no muy encomiable desde el punto de vista científico, sí de alto valor humano.

INSTRUCCION

Por cada poblador rural que terminó el ciclo escolar, dos no llegaron a empezarlo y cuatro quedaron sin completarlo.

Hay escuelas rurales diseminadas a lo ancho y largo del país, es cierto, y de la sacrificada tarea de la maestra rural seguirán tejiéndose loas merecidas. Pero dentro de la estructura socioeconómica de Uruguay, la inefectividad de la instrucción es total.

El promedio de años que se permanece en la escuela rural está entre 6 y 9, pero ello no asegura sistematización alguna en la incorporación de conocimientos. Piénsese en las dificultades de orden climático y laboral, cuando 90.000 personas de la población rural dispersa está a más de una legua de la escuela y 35.000 a más de dos leguas.

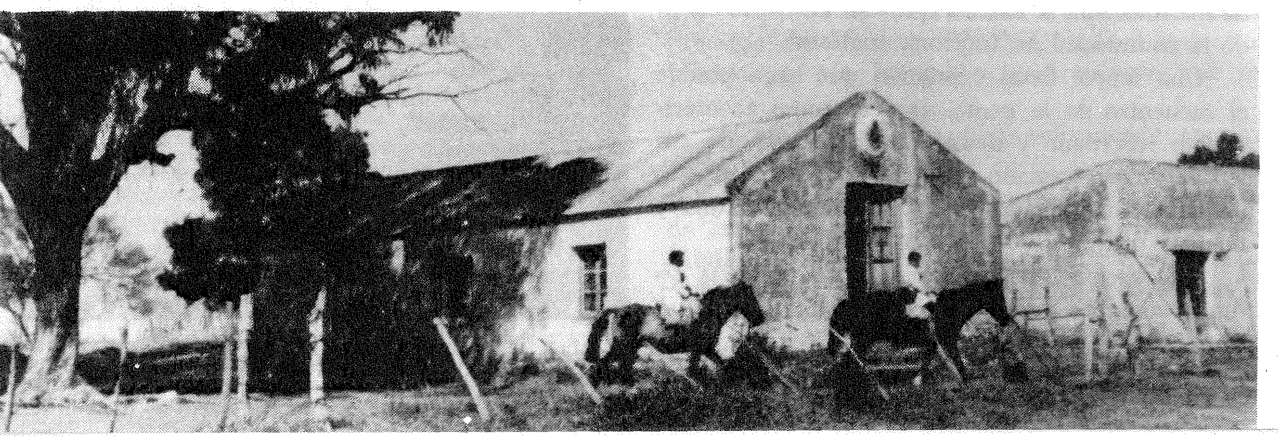
Deliberadamente no hablamos sólo de la población en edad escolar; porque para todos los habitantes del campo esa distancia al único centro sociocultural es decisiva.

Importa poco balancear índices de escolaridad diferenciales según zonas, cuando para todos la permanencia en el campo implica la supeditación a un analfabetismo potencial, por olvido o desuso. Hay que convencerse de que los adultos del campo uruguayo se mueven en una sociedad ágrafa, en el mejor estilo de las culturas primitivas.

Casi nada de lo aprendido puede ser utilizado en la vida cotidiana (porque tampoco se enseñan

La escuela rural puede estar a quilómetros de distancia del lugar donde se vive.

Foto: D. E. U.



técnicas de producción): los libros son flores exóticas —la escuela no cumple en este sentido funciones de extensión cultural—, los diarios raramente llegan y el lugar de las revistas está monopolizado por Selecciones del Reader's. Para los dos últimos rubros, además, el incauto poblador urbano debería contar con otras defensas contra la mediocridad y el ocultamiento que la de la mera alfabetización.

Y cuando el nivel de instrucción se perfecciona, lo que se está ajustando también es el impulso suficiente para migrar. La instrucción vale, en ese caso, como catalizador de decisiones. Y nuestra población rural deja de ser rural.

RECREACIONES

A mayor disponibilidad de tiempo, menores posibilidades de ocuparlo. Tal la paradójica situación de los integrantes de la sociedad rural.

Una mujer de cada dos y un hombre de cada tres, no ejercitan, en la población rural dispersa, ningún tipo de expansión espiritual, como no sean las visitas. Esas visitas son el gran escape para las mujeres en los núcleos poblados; para el 50 % de las mismas vuelve a ser el gran "entretenimiento".

Si el esparcimiento es una consecuencia de la vida en sociedad, mayor cuanto más alta la dosis de masificación, se explica que casi no exista cuando la comunidad no funciona como tal.

Una simple fiesta o reunión que haga posible el encuentro de la gente, aparece como acontecimiento recordado y destacado en la memoria colectiva de la población rural. Puede ser una penca, un baile, una criolla; pero casi siempre es una y no más que una por año en la zona.

Esos sucesos se planifican largo tiempo, se difunde cuidadosamente su fecha de realización, se prepara una asistencia segura. Pero las distancias favorecen siempre a unos pocos, y para quienes viven lejos la carencia de locomoción es un factor limitante permanente.

No obstante, cualquier penca, criolla o baile, tiene el éxito asegurado; fácilmente se supera el centenar de asistentes, y eso es, casi siempre, una cifra mayor que la del núcleo poblado próximo al lugar de reunión.

Los comerciantes de ramos generales son —junto con los maestros de escuelas rurales—, quienes aseguran la mayor periodicidad de iniciativas al respecto. Allí también está la presencia dual entre el lucro privado y el lucro social; porque aunque el comerciante otorgue premios suculentos, más suculentas serán sus entradas con el bar de enramada que arma en el sitio más propicio. Mientras tanto para la escuela significa la entrada extra —cien veces mayor que todo lo recibido para gastos en un año—, útil para afrontar las necesidades del comedor escolar.

Las comisiones de fomento son de los pocos grupos constituidos que funcionan regularmente aun en los rincones más aislados del país. No todos participan en ellas, sin embargo; porque a menos que el maestro tenga una conciencia social desarrollada, sucumbirá a la tentación fácil de hacer figurar en ella a los vecinos de más "prestigio" y recursos. Los equipos de C.L.E.H.-CINAM aportan documentación al respecto: en la población rural nucleada participan en grupos culturales y sociales el 89 % de los patrones (pequeños patrones) y sólo el 17 % de los peones.

La única "participación" —totalmente pasiva— en la marcha de la sociedad nacional global consiste en escuchar radio. El 80 % de la población rural adulta lo hace habitualmente, aunque dos tercios de la misma no tenga energía eléctrica en las viviendas. En cambio el 60 % de esa población nunca lee periódicos, o lo hace accidentalmente.

Hombres y mujeres, solos o en familia, tienden, pues, a permanecer encerrados en sí mismos semanas enteras y hasta meses completos. Porque para remate —lo hemos vivido en múltiples ocasiones— cuando la fiesta al fin se realiza, el amor propio, el sentido de la dignidad, impiden a muchos presentarse con las ropas o el calzado que se tiene.

Y tampoco la vida en familia puede aportar algún sustitutivo decoroso en la faz recreacional. ¿Qué posibilidades hay de largas ruedas de juegos de cartas cuando la luz artificial proviene de un candil, en un rancho en que se cuela frío por todos lados y en que hasta la mesa puede faltar?

DIVERSIONES RURALES POR 1900

Antes acá era muy animado. Nos divertíamos muchísimo. Había muchas señoritas; no es como ahora, que todas se van a trabajar a Montevideo.

Había grandes fiestas para Navidad y para fin de año; bailábamos, se hacían serenatas y había murgas en Carnaval.

Ahora nada de eso queda en la juventud. Antes las muchachas trabajábamos todas en las casas; tejían, bordaban, cosían o hacían lavados con las madres. Toda la familia se criaba junta hasta que una se casaba. Nos divertíamos más y trabajábamos en la casa.



Foto: E. Garrone - W. Castro

El fútbol, gran entretenimiento también en el Uruguay rural. (Equipo de Quintana, en el lejano Este de Salto.)

La lotería de cartones, por su parte, ocupa el mismo lugar en el más allá que el asado con cuero y el pan casero con chicharrones. Alguna vez fue así, hay que creerlo; y no demasiado tiempo atrás. La reconstrucción de época (principios de siglo) que en el rancherío de Pintos (Dpto. de Flores) están haciendo las funcionarias del Departamento de Extensión, Srtas. Myriam Proenza y Paula Olalde, utilizando técnicas de relevamiento etnológico y sociológico, aportará sorpresas para muchos. En la página 44 transcribimos lo que les comentara una de las vecinas más antiguas, sobre las recreaciones en su juventud, en esa misma zona.

EL EXODO RURAL

Los movimientos internos de población son buenos indicadores de niveles de vida; porque los desplazamientos de población coinciden, en general, con la existencia de posibilidades mejores en vivienda, alimentación, salud, instrucción y recreaciones.

El éxodo en marcha: todos los pertrechos de una familia caben en una carreta.

Foto: G. Wettstein





Y los ranchos se vuelven taperas...

Foto: G. Wettstein

Y cuando esas posibilidades no son mejores, es también un indicador de signo negativo: significa una forma de denuncia acerca de las condiciones en que se desarrollan esos niveles de vida en las áreas de pasada radicación.

Cuando una nación se industrializa o reorganiza su producción agropecuaria en escala nacional, cuando se propone una redistribución de la fuerza de trabajo acorde con los proyectos de humanización de paisajes, la movilidad horizontal es forzada, pero dirigida.

Cuando una nación se desindustrializa, cuando el mantenimiento de explotaciones agropecuarias extensivas es incapaz de absorber la fuerza de trabajo que anualmente —por crecimiento vegetativo— se incorpora al mercado de trabajo, la movilidad horizontal es forzada también, pero no dirigida.

Ésta es la situación que presenta Uruguay desde hace décadas, pero particularmente agravada en la última. Porque no hay ahora absorción posible de fuerza de trabajo, porque no hay planes de vivienda, porque la seguridad social sólo tiene fines paliativos y no preventivos.

El ciudadano uruguayo, por formación histórico-cultural, es un ser afincado a su terruño, y sin embargo se ve forzado a emigrar al extranjero.

El rural, que también es un ser afincado a un terruño, debe abandonarlo para seguir luchando por su subsistencia.

Ambas partidas, creámoslo, son formas de lucha; tácitas declaraciones de oposición a seguir pagando, con el infraconsumo proletario, el endeudamiento que nos endosan las oligarquías y el imperialismo.

Cuando ese proletariado, rural y urbano, —el proletariado que integramos todos los uruguayos honestos—, canalice su lucha por senderos más idóneos, los niveles de vida cambiarán y el éxodo cesará.

ASPECTOS DEL MODO DE VIDA

Describir e interpretar el modo de vida rural en general y el de nuestros paisanos en particular, daría tema para otro volumen de Nuestra Tierra.

Nos conformaremos por ahora con presentar tres estampas representativas de ese "otro mundo" uruguayo. Son vivencias, nuestras o de compañeros próximos, incluidas con carácter casi documental. Si el lector comprendió los capítulos anteriores, estará en condiciones de interpretar esas vivencias y ubicarlas estructuralmente dentro de la sociedad rural.

Para ayudarlo, incluimos una representación gráfica sobre el ciclo de la naturaleza y su relación con las principales tareas en el campo uruguayo.

EL PROLETARIO TIPICO

Cuando se vive de changas y las changas varían a lo largo del año, es casi obligado que se aprenda a hacer de todo. Del gato se dice que tiene siete vidas, del proletario rural que tiene siete oficios; quizás porque si le fracasa alguno igual subsistirá. Pero lo bravo es que a fuerza de tener muchos oficios, no tiene ninguno (Morosoli, 1962).

Quizás su vocación fuera la de domador, porque disfruta con los manoseos y caricias que le dedica al redomón para sacarle las cosquillas hasta que se entregue. Pero la primavera corre y es más rentable enganchar en la comparsa de esquiladores, de estancia en estancia, durmiendo en galpones, saturado de grasa y de polvo pero cosechando "latas" como nunca.

En otros casos rumbeó para la agricultura. Da gusto jinetear las combinadas e ir dejando las filas ordenadas de bolsas de trigo, en el entramado aurinegro que la paja combina con el humus. O recibir en plena cara el revoloteo de patos y garzas cuando uno se traslada por el bañado arrocero.

Después empieza la época dura. Hay que agarrar lo que venga. Y lo que vino puede ser chapotear en el pajonal inundado, preparando quinche para los ranchos; medio día en el corte y otro medio limpiando la suciera, el desperdicio, la paja ya seca o podrida, sacudiendo de a pequeños manojos.

Ñapindá, aruera, coronilla..., sí, también sabe hacer de carbonero: apilar la leña, formar la chimenea central, embarrar, quemarlo. Veinte días durmiendo "a lo lechuza", no sea cosa que el horno reviente y adiós carbón.

Como lo que sobra en los campos son alambrados, en eso hay otra changa frecuente. Corresponde agujerear los piques con el barbiquí, pocear, asegurar el esquinero, plantar los piques, extender el alambre y cada quince metros, más o menos, ubicar un poste. Horas largas en soledad de a dos, con apenas un armado de cigarros, mirando ahora cielo en vez de suelo, para no sólo oír el cotorreo en el nido que culmina el álamo seco.

Y si el invierno aprieta tanto como el hambre, hasta para ser contrabandista sirve; arriando caballos desde los atardeceres tempraneros, por los caminos de quileros que ya llegan hasta el mismo centro del país y siguen avanzando hacia el Sur.

Sin duda que el lector urbano conoce a algún sieteoficios; porque si nuestro hombre no alcanzó a enganchar en un batallón, en fija que pasó a ser peón de pueblo.

"Allí comienza el drama de su dignidad", dijo Morosoli. Porque el sieteoficios es hombre de campo. Aunque no campesino.

Un cortador de paja en su campamento de nómada.



Foto: G. Wettstein

CALENDARIO DE ALGUNAS TAREAS AGROPECUARIAS

Mes	Tareas
ENERO	GANADERÍA. Cuidar que las majadas tengan sombra, verde y agua. Bañar ovinos contra el piojo. CULTIVOS. Termina la cosecha de lino y de remolacha azucarera. Arada de rastrojos de avena y trigo. Carpidas de maíz y girasol de siembra tardía.
FEBRERO	GANADERÍA. Encarnerar las majadas para la parición de julio y agosto. CULTIVOS. Siembra de avena forrajera a fines del mes.
MARZO	GANADERÍA. Bañar contra garrapata y vacunar contra carbunclo. CULTIVOS. Comienza cosecha de maní y preparación de las tierras para siembra de cereales. Continúa siembra de avena y comienza la de trigo forrajero. Ensilaje de maíz y sorgos.
ABRIL	GANADERÍA. Vacunaciones y baños contra la garrapata. CULTIVOS. Cosecha de girasol y comienzo de las de maíz y arroz. Siembra de alfalfa.
MAYO	GANADERÍA. Primer período de parición de ovejas. Marcar y señalar terneros. Apartar y vender los bovinos gordos. Pastorear los avenales con novillos de invernada. Desde este mes hasta agosto es época de destete de terneradas, pasándolas a buenas praderas de invierno (avena, raigrás, etc.). CULTIVOS. Siembra de trigo en el norte del río Negro. Prosigue la cosecha de arroz y maíz, termina la de girasol.
JUNIO	GANADERÍA. Vigilar la parición de los ovinos. CULTIVOS. Siembra de trigo. Preparación de tierras para siembra de lino.
JULIO	GANADERÍA. En este mes, como en el anterior, suministro de sales compuestas (fosfatos) a los ganados de cría próximos a parir. Continúa la vigilancia en la parición de ovinos. Empieza la parición de bovinos. CULTIVOS. Continúa la siembra de trigo. Echar lanares a las praderas de invierno.
AGOSTO	GANADERÍA. Señalar y cortar la cola a los corderos. En la segunda quincena comienza la parición de las ovejas servidas en marzo. Prosigue la parición de invierno en los bovinos. CULTIVOS. Finaliza la siembra de trigo y de cebada cervecera. Preparación de tierras para las siembras de verano.
SETIEMBRE	GANADERÍA. Apartar novillos; marcar y castrar. Amansar y domar potros; echar padrillos a las manadas. Comienza la esquila a mediados de mes. CULTIVOS. Corte de primavera en los alfalfares. Comienza la siembra de arroz.
OCTUBRE	GANADERÍA. Continúa la esquila. Echar los toros a las vacas. CULTIVOS. Prosigue la siembra de arroz. Comienza la de maíz y maní.
NOVIEM.	GANADERÍA. Finaliza la esquila. Continuar echando los toros a las vacas. CULTIVOS. Siembra de girasol. Preparar las máquinas para la trilla. Comienza la cosecha de cereales en el Norte y de remolacha azucarera.
DICIEM.	GANADERÍA. Termina la esquila de corderos. CULTIVOS. Continúa la cosecha y trilla de cereales en todo el país.

El campesino "huele a chacra y levanta en el espíritu rancho y humo"; es "raíz, tronco y rama, comienzo y seguimiento, casamiento con cura, arriendo de nuevas tierras, bautizos". "El sieteoficios es huella y camino, polvo y caballo, almohada de cerigote y cama de cojinillos. A veces, muchas veces, estrella limpia."

Y remataba, en su homenaje, Morosoli: "Elemento nobilísimo para hacer el temple de un pueblo, lo desperdiciamos —palabra fea y verdad machaza— y lo dejamos que se herrumbre en las cuadras de los batallones o en la molicie de los poblados de paja y de lata"

UNA YERRA A CAMPO ABIERTO

(Colaboración de *Raquel Morador de Wettstein*)

Casi no existe en nuestro país la yerra a campo; sin embargo todavía se encuentran estancias en que la tecnificación no está reñida con la tradición. En uno de esos establecimientos, propiedad de los Saravia, vimos una yerra y castración como se hacía antes, en la última semana de mayo de 1969. La estancia "Las Acacias" queda en el Departamento de Tacuarembó, a tres horas de viaje de Melo, en plena cuchilla de Caraguatá.

Dos fenómenos de la naturaleza hay que tener en cuenta para elegir la época en que se hará la tarea: estación y luna. Se hace en otoño o primavera; cuando los campos son malos se prefiere esta última porque hay más pasto y se evita que el animal sufra. Se espera el cuarto menguante pues —se dice— el animal sangra menos.

El día antes comienza la preparación de la jornada de yerra, que puede durar varios días, según el número de animales a marcar. Se carnea una vaquillona, que servirá para el asado que desde las primeras horas del día siguiente se pone al fuego, y para el reparto de carne entre quienes participan en el trabajo, único salario que cobran.

Desde temprano comienza a llegar la gente, solamente hombres, invitados del dueño y del capataz de la estancia; y desde temprano también comienza la rueda de mate y caña brasileña.

En el fuego: la carne asándose, una lata con agua para matear y las marcas (en este caso cuatro: marca y cabo de hierro con empuñadura de madera) que se van calentando de a poco.

Cada uno llega con su lazo —de cuero trenzado en cuatro tientos de doce brazadas de largo (aproximadamente 18 metros)— que en una punta termina en una argolla de hierro por la que pasa el lazo y se hace correr, una vez enlazados los cuernos o la cabeza, hasta apretar el nudo. En la otra punta está la presilla, que va prendida a la asidera, una argolla pequeña afirmada al recado.

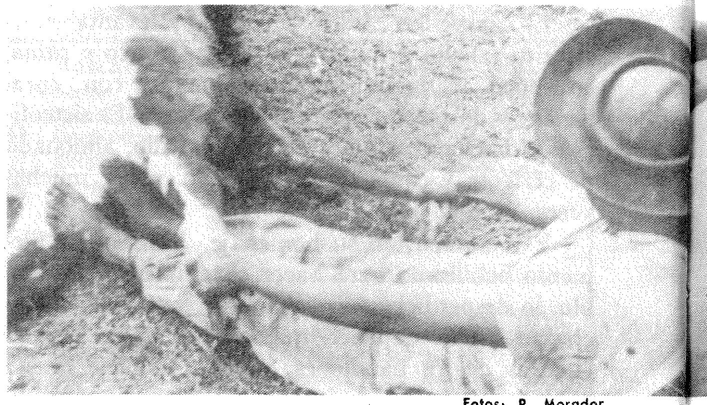
Los animales a marcar están encerrados en el "huevo", potrero cercado de madera; en este caso eran de más o menos nueve meses, pero en ocasiones los marcan ya al mes.

Un hombre a caballo entra en el "huevo" para enlazar el animal y sacarlo al campo. Allí, siempre sujetándolo, empieza la tarea de pialar, amarrando las patas delanteras para hacerlo caer. Esta tarea se ejecuta desmontado, y con el mismo lazo arrollado, pues se hace de cerca; es lo que se llama "pial de volcado".

Un hombre se sube, entonces, encima del animal; otro le sujeta la cola apoyando el pie sobre el flanco, mientras un tercero trae la marca sacándola del fuego y aplicándola del lado izquierdo.

El trabajo ya está terminado; se suelta el animal. Ahora comienza la diversión. Los hombres prueban el pial de todo lazo, cabalgando detrás del animal y tratando de enlazar las patas. Es tarea difícil y cuando se logra siempre hay alguien entusiasmado que exclama "¡Vale un trago!"...





La yerra: pialar, encimarse al animal, marcarlo.

Fotos: R. Morador

y entonces el patrón reparte caña entre todos los presentes.

A medida que se sigue yerrando los paisanos se entusiasman, ayudados por las repetidas vueltas de caña. Entonces empiezan a pedir se les deje jinetear el novillo. Para ello, cuando ya está volcado y antes de marcarlo, se le ata alrededor de la barriga el ramplón, tira de cuero sobado, para que el hombre pueda sostenerse.

Una vez marcado se monta encima y se suelta el animal; esto sí entusiasma aun a la gente de ciudad, por lo difícil y arriesgado, y es cuestión de amor propio poder aguantar montado varios minutos.

En ocasiones se viven escenas de gran pericia y coraje, como cuando el paisano monta su caballo y apareándose al novillo, a toda velocidad, cambia de montura y pasa a jinetearlo. Se siente la satisfacción que eso le produce en sus gritos y en el jinetear agarrado con una sola mano, mientras con la otra agita el sombrero. Eso sí vale un aplauso... y un trago.

Simultáneamente con la yerra se hace la castración. Es tarea que, de no haber un hombre especializado, le corresponde al patrón. Requiere habilidad y rapidez en el tajo. Los testículos van, tal como se cortan, al fuego y son el manjar de la jornada.

Durante la mañana comienzan a llegar de la cocina los pasteles de dulce de membrillo, amasados temprano. A mediodía se come el asado y vuelven a circular las botellas de caña.

Al terminar el día la gente pasa al galpón, donde atados con cuerdas cuelgan, de los travesaños del techo, los trozos de carne de la vaquillona carneada en la víspera; cada uno elige lo que quiere llevarse.

La gente que vive cerca comienza a irse; los que tienen camino más largo se quedan a pasar la noche. Allí en el galpón se organizará la payada, final de toda fiesta en el campo.

UNA JORNADA COMUN

Si hay lecheras, la jornada comienza con el ordeñe: antes de que amanezca están las mujeres levantadas, porque esa tarea generalmente les compete. Se llama a las vacas por su nombre; no se



Fotos: R. Morador

Etapas de una faena disfrutada como una fiesta, y terminada como tal con la jineteada de novillos.

las manea, se hace el apoyo y se ordeña de parado o en cuclillas. Los tarros de leche cuelgan de las paredes del rancho; en uno de ellos se cuela. La leche es sólo para consumo de la familia; parte se transforma en queso.

Ahora se largan los animales para que pasten por ahí. Las mujeres y los niños dedicarán la mañana a la chacra; maíz, porotos, boniatos, es lo que se siembra habitualmente por esta zona del Norte, y algún zapallo quizás.

Lo cosechado se guardará en el galpón, si lo hay, pero las más veces en el propio rancho o en un rincón del que hace de cocina. Con el humo, la humedad y la maduración, la vivienda va adquiriendo un olor inconfundible.

No estamos en zafra, así que para el jefe de familia el trabajo posible es de changas: aprontar ovejas para el baño, marcarlas, curar las bicheras de algún animal, cortarle la lana de los ojos para que encuentren la comida.

Los gurises también tienen tarea: buscar agua del arroyo en la rastra de barril que sigue obediente tras el caballo viejo: horqueta de base, barril a lo ancho con boca cuadrada al centro.

La mujer prepara el almuerzo mientras circula el mate del mediodía: un ensopado fuerte la mayoría de las veces o un guiso de porotos, maíz y papas, con algún pedazo de capón o de charque. ¿Galleta?, puede ser, pero casi siempre endurecida por la distancia-tiempo.

A propósito, hay que hacer mandados esta tarde. Pero ahora se come, brevemente; la sociabilidad en las comidas, tan urbana, ocurre cuando la comida abunda y se tarda en terminarla.

Nada de postre; agua como bebida; radio a pila para entretener. Es la hora del informativo largo, con los radioteléfonogramas, en los que siempre puede venir un aviso inesperado, para esta familia o para cualquiera de la zona que de pronto no lo escuchó. La solidaridad está siempre pronta a ejercitarse, también en eso.

Después se sestea. Una forma de "matar" las horas del ocio rural, del calor de los mediodías; porque es una verdadera muerte en vida la del rancho entonces.

A pie o a caballo, el viaje al almacén del gurí de los mandados siempre demora más de lo pre-



Foto: G. Wettstein

Si hay lecheras la jornada comienza con el ordeñe.

visto; y no porque haya mucho que traer: dos kilos de galleta, uno de azúcar, uno de fideos, medio de yerba, un litro de queroseno. Siempre habrá amigos para charlar, allá o durante el camino.

Al ama de casa le quedan varias vueltas para la tarde: lavar la ropa en el arroyo, zurcir, armar nuevos pantaloncitos de los retazos de bombacha que el viejo ya no usa.

Si no hay trabajo, el hombre saldrá de recorrida, a visitar vecinos; toca el turno a la tercera mateada del día: la de la amistad y el último chisme, cumplida al pie del árbol de copa ancha —generalmente el único junto al rancho— sentados en los taburetitos de tronco pulido que apenas levantan un palmo del suelo.

Cae el atardecer. Los gurises venidos de la escuela juegan carreras o partidos de fútbol con la diminuta pelota de plástico que amenaza rajarse. Para ellos quedan todavía dos trabajos; el primero: juntar los animales.

Sólo entonces, mañereando, se pondrán a hacer los deberes a la luz de un candil con la base del farol a queroseno que se rompió hace tiempo.

Si las pilas no están muy gastadas las muchachas podrán zangolotear con ritmos de moda y soñar un poco antes de dormir.

Después queda el ladrido del perro, nomás.

LA MISERIA RURAL

Siempre puede haber entre nuestros lectores algún optimista que catalogue los niveles de vida antes presentados como no demasiado bajos. Es frecuente oír decir que nuestro medio rural "no es tan pobre", que "no se vive tan mal" como en Bolivia, Ecuador o Haití. El realista le podrá contestar que ostentamos ya las tasas de desarrollo más bajas de América Latina, juntamente con Haití.

En este capítulo trataremos de demostrar que aun con niveles de vida no desastrosos —aunque sin duda lo sean, en relación con los urbanos—, la tendencia al empobrecimiento acumulativo de la sociedad rural es un hecho bajo el actual modo de producción.

Ello alcanza no sólo a quienes habitan los "caseríos" (60.000 en 690 núcleos, según el censo de 1963), sino a todos los peones con familia que integran la población rural dispersa, y a las familias de minifundistas en todos los puntos cardinales del país. En conjunto: a tres de cada cuatro habitantes de nuestro medio rural.

Son los hijos de los hijos de los primeros inmigrantes radicados en el campo uruguayo —según dijimos al comienzo del volumen—; los únicos patricios verdaderos, si el concepto conservara sólo su connotación cronológica.

Están encerrados en el círculo vicioso de la pobreza, porque quien es pobre e improductivo está condicionado indefectiblemente a perder productividad y a empobrecerse. Así como la capitalización creciente es un hecho para quien goza de altos niveles de vida.

Su falta de medios le impide poseer tierras suficientes →de ahí que sus volúmenes de producción sean siempre pequeños → la comercialización en pequeña escala se hace en malas condiciones → apremiado por los ciclos naturales, además, debe comercializar forzado y a bajo precio → si no se tiene qué vender queda sólo la fuerza de trabajo

→ un asalariado rural dependiente de las ocupaciones zafrales jamás se puede capitalizar → la falta de medios dificulta su acceso a los servicios (médicos, culturales, recreacionales) → el círculo se cierra.

Esto no es de ahora. Pronto se cumplirán cien años desde que la rígida apropiación capitalista de los medios de producción apropecuarios (alambramiento mediante) desencadenó un proceso al que sólo pondrá término la revolución.

Para dar al lector una dimensión comparativa de ese proceso, recurriremos a testimonios de principios de siglo y del presente; testimonios que ayuden a comprender cómo la miseria rural de hoy sigue siendo la misma de entonces.

EL PAUPERISMO EN 1910

"Deseando hacer efectivas las medidas conducentes para mejorar la situación de la clase indigente de nuestra campaña", el 8º Congreso Rural encomendó a la Asociación Rural del Uruguay designar una Comisión para estudiar la aplicación de esas medidas. Corría el año 1909. El 31 de marzo del año siguiente, estaba fechada la carta-encuesta que los integrantes de la Comisión (J. A. Escudero, D. García Acevedo, E. Acevedo, F. Ros, J. Llamas, F. Hontou y C. Praderi) enviaba a las "fuerzas vivas" de distintos departamentos: vecinos destacados, propietarios rurales, maestros rurales, comisarios seccionales, jefes políticos (intendentes de hoy). Había quince días de plazo para responder.

Esta metodología, utilizada para "basar el estudio de la Comisión en una buena cantidad de datos al respecto", es anticipatoria de los relevamientos sociológicos sobre el terreno en nuestro país; merece, pues, el homenaje que le tributamos ahora al comentarla, y el de los lectores que pueden acceder a una reciente reedición (D. García Acevedo, 1967).

El Dr. García Acevedo fue quien redactó el informe final: de él transcribimos los párrafos siguientes. Se concluía que había tres clases de familias pobres: las que no tienen trabajo, las que no quieren trabajar y las que no pueden hacerlo por imposibilidad física. De estas últimas no se ocuparía la citada Comisión, por no ser factores de producción.

"Familias pobres son aquellas que no tienen cómo satisfacer medianamente sus necesidades de alimento, abrigo y habitación.

Puede afirmarse que en Colonia, Soriano, Canelones y San José el problema del pauperismo no tiene importancia alguna en relación al resto del país. La mayor abundancia de familias pobres se encuentra en Rivera, Tacuarembó, Cerro Largo, Salto y Artigas, no siendo de tanta gravedad el problema en Rocha, Maldonado, Florida, Flores, Durazno, Río Negro, Paysandú, Minas y Treinta y Tres.

El número mínimo de familias pobres resultó de 6.300, con casi 35.000 componentes en total.

Los medios de vida lícitos tienen el carácter de temporales, y entre éstos figuran en primera línea los trabajos de esquila y los de cosecha. No es temerario decir que en la oportunidad de esas labores, son muy pocos los hombres aptos para el trabajo que no ocupen sus brazos en esas tareas; éste es un síntoma favorable que resulta de la investigación y que conviene apuntar.

Fuera de los mencionados trabajos los pobres aptos para él siembran en muy pequeña escala, se ocupan como jornaleros para tropear, alambrar, vendimiar, acarreos, corte de leña o realizar pequeños servicios, conocidos con el nombre de changas.

La sobriedad de nuestro paisano le permite con cierta facilidad darse el lujo de no trabajar sino en cierta época del año y vivir el resto con lo que ha ganado. Las mujeres lavan, planchan la ropa de los vecinos, se colocan como sirvientas o cocineras, o hacen trabajos de bordados y puntillas.

Familia rural recién desplazada por el alambramiento: ya habita en ranchos pero aún conserva las ropas decorosas de otrora.

Foto: Museo Histórico



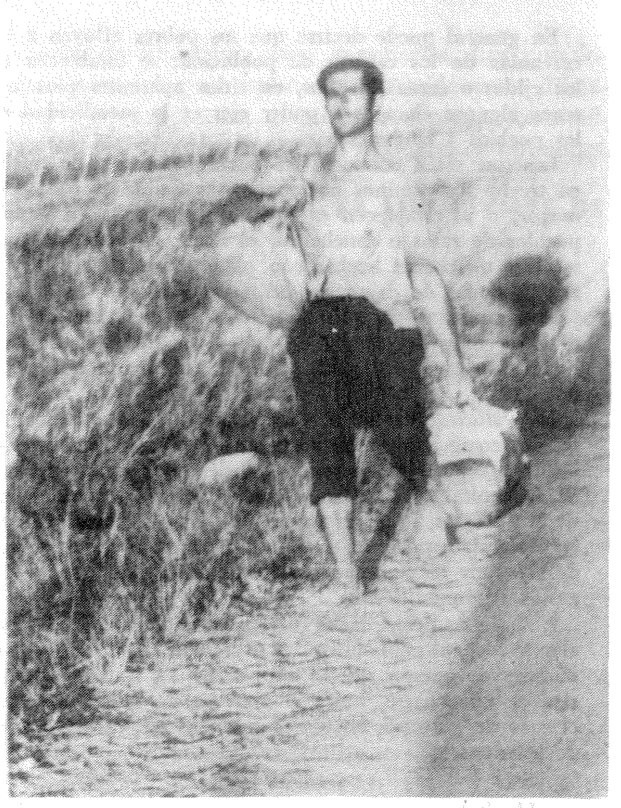


Foto: Juan Rudolf

El andante o caminante de nuestros campos, testimonio de la desocupación plena.

En general puede decirse que los pobres afluyen a las cercanías de los centros de población; se establecen en los ejidos o cerca de ellos, en sitios aparentes para obtener algunas changas o poder ejercer la mendicidad en los pueblos y ciudades.

Los que están cerca de los pueblos bordean de trecho en trecho los caminos nacionales por donde el tráfico es mayor, o se establecen en lo que se ha dado en llamar pueblos de ratas o rancherías, es decir, agrupaciones miserables de chozas hechas con palos, pajas, latas, cueros, ramas, restos de cajones y otros desperdicios.

Las causas de la pobreza no dependen tanto del individuo como del medio en que viven. Nuestro hombre de campo es fuerte, trabajador, naturalmente honesto e inteligente.

La valorización de la propiedad en la República ha traído como consecuencia la tendencia, en los propietarios, a reducir los gastos a fin de obtener buen interés de su capital, y esta tendencia ha producido, como uno de sus efectos, la disminución del personal empleado en los trabajos rurales. Se trata de trabajar con pocos peones, de suprimir los agregados a fin de economizar sueldos y gastos de manutención.

Cuando las propiedades rurales no estaban limitadas por alambrados, el cuidado de las haciendas requería un gran número de puestos que el alambrado ha hecho innecesarios en gran parte, hasta el extremo de que no es raro el caso de miles de hectáreas cuidadas por media docena de personas."

Varias páginas estaban dedicadas en el Informe a las causas de la pobreza; allí figuran —y sintetizamos el contenido global de las respuestas—: la falta de trabajo, la división de la propiedad por causa de herencia, la falta de suficiente persecución del juego, el abuso en la bebida, el contrabando, la usura, la falta de protección inteligente de parte de los propietarios, y las guerras civiles. Pero "como principal causa —se señala en el Informe— cabe citar la falta de instrucción que produce horizontes estrechos, carencia de aspiraciones y de ideales, desconocimiento de las ventajas que ofrece el trabajo, el orden, el ahorro y una especie de fatalismo en que se llega a la indiferencia más completa. La ignorancia lleva a la haraganería, estado bien socorrido en el país, donde es fácil conseguir lo indispensable para la vida, recurriendo a la generosidad proverbial de nuestro pueblo o a la comisión de actos delictuosos que quedan sin sanción."

Medio siglo después, la confusión entre causas y consecuencias de la miseria rural sigue rondándonos, aunque las categorizaciones aparenten ser más científicas y los hechos socio-económicos más complejos. Utilizaremos el nuevo léxico, pero para desentrañar la verdadera causa y para presentar la miseria rural de hoy, que es la misma de 1910, acumulativa, generadora de nuevas modalidades de pauperismo.

LA POBREZA RURAL EN LA ACTUALIDAD

Hay grados de subdesarrollo en América Latina, y las áreas aparentemente más desarrolladas actúan, en general, como polos de subdesarrollo con respecto al resto de las regiones; ése sería el caso de Montevideo con respecto a nuestro Interior, tanto urbano como rural.

A este último puede aplicarse estrictamente, pues, la mayor parte de los indicadores del subdesarrollo que teóricos de nota han divulgado profundamente en los últimos tiempos (v. gr. Yves Lacoste). Se hace necesario, una vez más, advertir que tales indicadores son consecuencias del subdesarrollo y no causas, como se nos quiere hacer creer a partir de esa nueva exportación ideológica de la burguesía imperialista, cual es el pragmatismo tecnológico.

Nos proponemos, además, ilustrar cada mención indicativa aplicada a nuestra sociedad rural, con la documentación recogida en la investigación global más reciente sobre ella: la del Departamento de Extensión sobre rancheríos. Los cuestionarios sociológicos aplicados han sido ya codificados y se conocerán, a muy breve plazo, los resultados de las encuestas sobre actitudes y opiniones.



Foto: D. E. U.

"Acá en estos ranchitos se vive completamente mal, que uno pasa frío y tiene que taparse con bolsa . . ."

GRAVES DEFICIENCIAS DE LOS NIVELES DE VIDA

EN ALIMENTACION

Nada más ilustrativo que la transcripción de los productos adquiridos por una familia de propietarios minifundistas (matrimonio y dos hijos) en el Noroeste de Tacuarembó, año 1966-67.

Productos	Agosto 1966	Febrero 1967
arroz	3 kilos	2 kilos
azúcar	4 kilos	4 kilos
cocoa	1 kilo	——
fideos	6 kilos	5 kilos
galleta	8 kilos	2 kilos
harina	8 kilos	7 kilos
jabón	2 barras	6 barras
queroseno	2 litros	——
sal	2 kilos	——
yerba	6 kilos	3 kilos

EN VIVIENDA

He aquí lo que cuenta don Marcelino, vecino de Sacachispas, 10ª s. j. de Paysandú:

"Acá en estos ranchitos se vive completamente mal, que uno pasa frío y tiene que taparse con bolsa y hay que poner trapos en los agujeros, no ve q'es una injusticia eso y pa' mejor yo no puedo trabajar. Tengo 67 años y enfermo. Usted que ya sabe, a ver si hace mover la pensión que tristeza le da a uno el estar solo y no tener nada.

Yo antes con 50 o 60 pesos me daba. Ahora dos galletas valen 5 pesos y 18 cuesta un paquete de tabaco. Yo quisiera verlo, decirle a Gestido q'estoy rabioso por comer una presa de puchero. (. . .)



Foto: D. E. U.

El gurí de los mandados, "maleta" al hombro.

Yo voy completamente triste porque estamos arriba'el invierno... y sé sólo tomar mate amargo al lado del fuego nomás."

EN ASISTENCIA MEDICA

Para el caso particular de los partos, he aquí lo narrado por una mujer de 30 años, en Paso de las Flores, Tacuarembó:

"La primera vez fue horrible. Fui a una mujer de Cañas (rancherío a una legua hacia el Norte), donde todas van. Allí me paró en una cama y ella al lado mío. Entonces con un brazo en el cuello y otro en el estómago me hacía fuerza. En una de ésas nos caímos las dos al suelo. Fue horrible.

Mejor me fue en el segundo parto. Y lo tuve sola. Era de tardecita cuando empecé a sentirme mal. Me senté en el servicio y era como un aguacero. Mandé llamar a una vecina, me acosté un ratito y cuando me sentí mejor fui a la cocina a preparar una sopa fuerte de gallina. Cuando volví a sentirme mal, me senté en el servicio. Fue entonces cuando nació la niña, que quedó en el mismo sin que yo ni la vecina atináramos a sacarla. Finalmente nos animamos, le cortamos el ombligo a cuatro dedos, le pusimos un trapito con alcohol, la fajamos y todo bien. A todos los demás los tuve sola."

EN INSTRUCCION

Seguimos pregonando nuestro bajo índice de analfabetos, pero dos de cada tres habitantes del medio rural no saben leer ni escribir. El índice de analfabetismo oscila entre el 25 % en zonas de chacras al 41 % en zonas ganaderas.

AMPLITUD DEL CRECIMIENTO DEMOGRAFICO

Este rasgo, que no se aplica al envejecido Uruguay, con una muy baja tasa de crecimiento demográfico (13 por mil anual), tiene su contrapartida en el medio rural; en múltiples sitios se han comprobado tasas de natalidad cercanas al límite

biológico: 50 por mil en la población rural nucleada (C. L. E. H. - CINAM, 1963: 302). Eso explica que también por Uruguay ronden los equipos de "planificación familiar", rentados por el imperio.

GRAN NUMERO DE AGRICULTORES DE BAJA PRODUCTIVIDAD

Fueron numerosos los lugares encuestados por los equipos del D. E. U. en que los rendimientos de leche por vaca no pasaban de dos litros diarios y los quilos de lana por oveja oscilaban entre uno y medio y dos.

AMPLITUD DE LAS FORMAS DE SUBEMPLEO Y DEL TRABAJO DE LOS NIÑOS

Un parte diario de escuela rural es suficientemente demostrativo:

"17 de marzo. Concurren 16 niños a clase. Los que faltan es debido a las tareas del maní.

11 de abril. La asistencia comienza a ser baja en razón de encontrarse muchos niños atacados de gripe y tos convulsa. Igualmente la asistencia es baja por motivo de la época de las cosechas; muchos niños están ocupados en las tareas rurales.

10 de octubre. La asistencia es de 7 niños. Los varones faltan debido a las labores de la tierra.

28 de noviembre. Recibo al niño V. A. Hace cuatro días seguidos que viene a clase. No se encuentra en lista por ser un niño que viene solamente en sus días libres de trabajo y los días de lluvia que no trabaja en el campo. Tiene 14 años de edad y está en primer año."

ESTRUCTURAS TRADICIONALES DISLOCADAS

El Departamento de Extensión efectuó, en marzo de 1969, el recensamiento de la población de la zona de Pintos, 5ª s. j. de Flores, donde está insta-



Foto: G. Wettstein

Martín, a los once años, es ya un peón pa'todo.

lada su planta piloto rural. Sus resultados confirman los índices de salarización que comentábamos en los capítulos iniciales: de 76 integrantes de la población activa,* 54 son peones: 18 mensuales, 15 a jornal y 21 eventuales.

De aquel total de población activa, 58 no tienen convivencia familiar completa: 36 duermen en el rancherío en los fines de semana y 22 lo hacen ocasionalmente.

El 57 % de los entrevistados había trabajado durante 1968 en más de un establecimiento y uno de cada cuatro lo había hecho en más de diez establecimientos. Es fácil imaginar las inseguridades familiares resultantes de esa búsqueda casi nómada de una changa para subsistir.

DEBIL INTEGRACION NACIONAL

Preguntada acerca de cuál era el mayor problema que se afrontaba en el lugar, respondió una entrevistada de Valizas (comunidad costera de Rocha), 20 años: "Los caminos son pésimos; en invierno no pasa ómnibus. Cuando llueve no vienen cosas a los almacenes, si uno no se surte temprano es bravo."

Y sus reflexiones podrían generalizarse a gran parte de la población rural en nuestros otoños e inviernos lluviosos.

MARCADAS DESIGUALDADES SOCIALES

Que apreciemos esas desigualdades nosotros los urbanos, con cierta conciencia de los diferentes niveles de vida, parece lógico; resulta muy significativo, no obstante, que ello ocurra también entre niños nacidos y criados en un medio rígidamente desigual. Por eso queremos que el texto que ilustre este indicador, sea la maqueta de una estancia, realizada en Cerro de Vera —rancherío de la 5ª s. j. de Salto— como juego de niños, y descrita objetivamente por el equipo de A. S. U. que investigó en la zona:



Foto: G. Wettstein

Junto con la soledad y el aislamiento, los malos caminos.

"La estancia —dos metros por uno cincuenta— ha sido construida por los niños y con ella pasan jugando la mayor parte del tiempo.

Las casas están construidas con trozos de ladrillo o piedras pegadas con barro y latas. Algunas son a dos aguas. Los techos, de lata, están sujetos con piedras. Todos los cuartos dan a un patio común; de un lado están los de los patrones, del otro lado el de los peones. Las habitaciones de los patrones están adornadas con macetas y plantas. La sección de los patrones tiene una sala de recibo, una de estar, un comedor, un dormitorio y otro cuarto. Para los peones sólo hay un dormitorio.

Desde afuera se ve el interior de las piezas. Las correspondientes a los patrones están equipadas con gran profusión de muebles. Hay mesas, armarios, sillones, sillas, aparadores, camas. Dentro de los armarios y sobre las mesas se ven pequeños objetos que hacen las veces de vajilla o de adorno, tales como jarros, floreros, etc.

Las colchas del dormitorio de los patrones están bordadas y los arreos cubiertos con trozos de nylon para protegerlos de la humedad. En cuanto al mobiliario de los peones, consiste apenas en trocitos de tela que hacen las veces de cojinillo.

Los peones están hechos con palitos, los patrones con muñequitos de plástico.

Otro detalle a destacar es el boliche. En él los niños colocan un tabique divisorio para marcar y separar el lugar que corresponde a los patrones y el que corresponde a los peones. (. . .)"

SOLUCIONES DE AYER Y DE HOY

El cuestionario aplicado en 1910 incluía como última pregunta "¿Qué medios considera Ud. deben emplearse, como más eficaces y practicables, para mejorar la situación de esas personas pobres y hacerlas adquirir hábitos de trabajo constante?".

La gama de respuestas cubre todas las posibilidades imaginables y conformaría a la mayor parte de los ideólogos en boga en Uruguay-hoy, expertos en reforma agraria, de derecha y de izquierda.

Por eso hemos seleccionado algunas de esas respuestas y las hemos ordenado en forma creciente, desde soluciones formales a soluciones de fondo, al trascribirlas.

Un primer grupo incluiría a quienes ven en el orden —en las medidas prontas de seguridad— la solución de todos los problemas.

1-A. "Habría que obligarlos al trabajo dictando leyes que castiguen severamente la vagancia. El remedio sería instalar más establecimientos bajo un régimen militar o disciplinario" (Maestro de escuela, ciudad de Artigas).

1-B. "Un medio de obligar a la gente pobre a trabajar es establecer una buena guardia civil, que los vigilara y se encargara de proporcionarles trabajo, pues creo que hoy no se preocupan gran cosa del asunto" (Maestro de Sauce del Yí, 7ª Sección de Florida).

1-C. "Considero medios más eficaces para mejorar la situación de estas personas pobres, hacerlas adquirir hábitos de trabajo; en primer término hacer efectiva la Ley de Vagancia, perseguir los juegos de azar, prohibir el despacho de alcohol maligno y proporcionarles antialcohol; proporcionarles medios de locomoción, dirigirles a las ciudades, buscarles colocación y al elemento más joven hacerle aprender oficio" (Vecino de Paso del Sauce, 7ª Sección de Salto).

Un segundo grupo estaba integrado por los optimistas de la educación. La respuesta tipo pertenece a un médico de San Ramón:

"Son las escuelas primarias donde el niño, aparte de recibir los primeros conocimientos que los prepararán para otros estudios superiores, modificarán sus inclinaciones y tendencias; serán ellas las que, inculcándole con la lectura de lecciones donde prime el elogio al trabajo, la virtud y el talento —que tanto perduran en la memoria— darán, no los resultados inmediatos, pero preparan en una vida más próspera a las generaciones que nos sucedan."

En un tercer grupo, muy numeroso, estarían los "agraristas", émulos de don Domingo Ordoñana, defensores de la colonización pública o de la privada:

3-A. "Considero como medio principal la expropiación por el Estado de terrenos adecuados por toda circunstancia para la agricultura, y en cantidad proporcional al número de familias que se desea proteger, colocando en cada colonia un capataz o mayordomo competente para guiar técnicamente la zona agrícola con las atribuciones del caso, y en constante relación con la autoridad policial, conducente a rodearlo del respeto necesario" (Jefe Político del Dpto. de Flores).

3-B. "Buenas colonias, hábilmente administradas y situadas sobre vías fáciles de conducción, proporcionando terrenos en condiciones liberales y con el aliciente de hacerse propietario con un poco de perseverancia y energía. El problema sería poder adquirir esas tierras sin necesidad de recurrir al Gobierno; ya hemos visto que las tentativas para establecer colonias nacionales no han podido arribar a nada práctico" (Hacendado de la 5ª Sección de Paysandú).

Un cuarto grupo, reducido, lo componen quienes ya dan más en el clavo que en la herradura:

4-A. "Para mí la única solución es moralizar (si es que así se puede decir) a la mayoría de los estancieros, únicos causantes de los males. Porque tenemos grandes extensiones de campo que sus dueños las trabajan del modo más primitivo que se puede imaginar" (Hacendado de Puntas del Batoví, Tacuarembó).

4-B. "El porvenir de las naciones es obra exclusiva de sus leyes, y doquiera vemos países prósperos y felices, podremos asegurar que en ellos se amasa el divino pan del éxito por medio del trabajo, la verdad y la justicia. Sin conocer esa vitalidad de las naciones no debemos culpar a los humildes la causa generadora de sus infortunios y de sus miserias. El fomento de las industrias, el desarrollo de la instrucción pública, el aumento de vías de comunicación, la reducción de los impuestos, la fundación de instituciones liberales de crédito, la división razonada de la propiedad y la completa libertad política, serán siempre los exponentes de nuestra riqueza, y el proletariado la víctima inerme de nuestros errores" (Hacendados, comerciantes e industriales de Las Piedras).

Cincuenta años después, hasta el nuevo léxico desarrollista incluye la "toma de conciencia" por parte de los explotados, como uno de los indicadores del subdesarrollo, para salir de él. No todos están de acuerdo, en cambio, acerca de si eso incluye la toma de los medios de producción por los humildes.

Tampoco en eso la sociedad rural uruguaya parece haber evolucionado en lo que va del siglo. Así surge de la mayor parte de las respuestas a la pregunta realizada en la investigación sobre rancheríos: "¿Por qué una gente será dueña de estancia y otra será peón o se dedicará a changas?"

Tres grupos de mentalidades, podrían quizás, conocerse gracias a ellas:

LOS FATALISTAS (EL GRUPO MAS NUMEROSO)

32 años, mujer, Pepe Núñez, Salto: "No sé cuál es la causa. Tiene que ser Dios, porque es el que manda las cosas."

43 años, hombre, Coímbra, Cerro Largo: "Unos trabajaron y tuvieron suerte, otros nacieron peones y seguirán siendo peones."

63 años, hombre, Pintos: "Si no hubiera peones los patrones morían de hambre. Los patrones necesitan personal."

LOS ANALIZADORES, CON UNA RESPUESTA TIPO

27 años, hombre: "La causa será que tienen más capital, porque igualdad en el dinero no puede haber, porque si hubiera igualdad en el dinero ninguno trabajaríamos."

LOS REBELDES

42 años, hombre, Paso de las Flores: "El peón enriquece al patrón, se revienta por él y siempre está en la chuza."

49 años, hombre, Las Flores, Rivera: "Porque nos están embrollando; ellos están sentados allá en Punta del Este tomando todo el whisky que hay, manga de burgueses sinvergüenzas" (D. E. U. - A. S. U., 1968).

EL FUTURO

"El hacendado que a sabiendas se niega a frenar la erosión y a crear suelo pierde el derecho a seguir siendo poseedor de la tierra. Y en ese caso el Estado tiene el derecho y hasta el deber de quitársela.

En un momento en que el Uruguay necesita imprescindiblemente producir y exportar más para sobrevivir y para conservar su paz social, debe exigírsele imperativamente a todo productor un mayor rendimiento por hectárea; y debe exigírsele también que cuando lo obtenga, distribuya con justicia su riqueza, haciendo partícipes de ella a sus trabajadores y a todo el país."

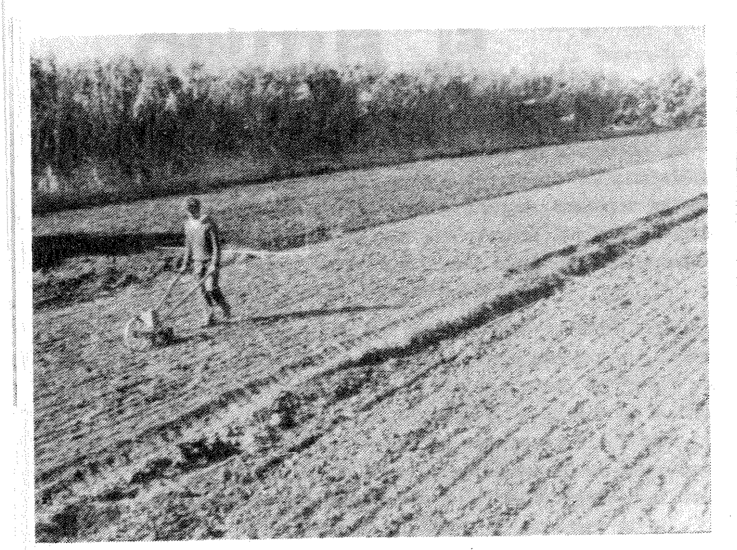
No se trata de una proclama revolucionaria: es la posición sostenida por Alberto Gallinal Heber, uno de los grandes propietarios de tierras en Uruguay.

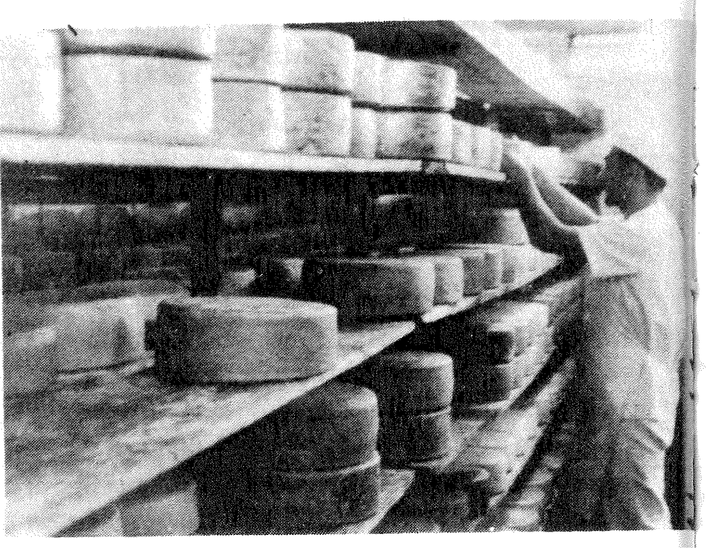
País privilegiado el nuestro, con su 88 % de superficie apropiada para la agricultura; pero con esa proporción de tierras totalmente incorporada desde principios de siglo. ¿Por cuánto tiempo más podrá rendir, si las mejoras siguen siendo tan escasas como ahora?

¿Y cuánto más podrá "dar" la población trabajadora rural? Porque es evidente que su volumen habrá de estabilizarse al fin, es decir, habrá de alcanzar ese mínimo por debajo del cual es imposible rebajar para mantener el actual modo de producción.

¿Y cuánto más podrán rebajarse los niveles de vida del proletariado rural? Porque en eso también hay un mínimo vital que la pauperización está acercando vertiginosamente.

Si, como la historia sugiere —a través de las revoluciones soviética, china y cubana—, los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial no están en la estructura metropolitana, quizá convenga empezar a repensar con ojo crítico nuestra peculiar situación rural.





Cultivos en curvas de nivel, cortinas rompeviento, industrialización de la producción lechera, buenos almuerzos en comunidad. Testimonios de un Uruguay rural diferente, cooperativo. Fotos: E. Garrone





UNA COMUNIDAD DIFERENTE

La Unidad Cooperaria Nº 1, ubicada junto al arroyo Cololó, en el N.E. del Dpto. de Soriano, es un intento, por ahora solitario, de sustituir la economía de lucro por una economía de servicios, en el medio rural.

Un centenar de personas coparticipan en la realización de tareas agropecuarias intensivas, en un predio de 2.200 Hás., arrendado al Instituto de Colonización. Comenzada en 1960, ha propiciado la transformación de la naturaleza en paisaje humanizado y también la del hombre.

Así lo demuestran sus trigales de alto rendimiento, su semillero de forrajeras, sus cultivos de huerta en curvas de nivel y defendidos por cortinas rompeviento, sus micropresas y sistema de riego por aspersión, sus montes artificiales.

El parque de maquinarias podría compararse con el de una gran explotación agropecuaria en país desarrollado; las modernas instalaciones automáticas de ordeñe del tambo están a la altura de nuestros estereotipos de granjas dinamarquesas.

Se comercializa principalmente trigo, forrajes, aves y huevos, derivados lácteos.

En lo social, la experiencia resulta no menos apasionante: hay un elevado nivel habitacional (en casas de familia, apartamentos para solteros y edificio escolar), sin comparación posible con el del campo uruguayo, y una alimentación suficiente en los almuerzos y cenas colectivos. Puesto que todos son dueños de todo, esos servicios no implican gastos para los cooperarios y se agregan como ingresos a lo que reciben como retribución líquida mensual (liberario).

Ex-colonos del I.N.C., peones de estancia, ex-empleados de ciudad y egresados de cursos técnicos de la Universidad del Trabajo conviven en esa "escuela" de relaciones humanas (según ellos mismos la rotulan).

El espíritu crítico de los cooperarios de hoy, su deseo de trascender —evidenciado cuando el Congreso de Jóvenes—, la voluntad de ajustar la estructura de la Unidad Cooperaria a las nuevas necesidades de la época que se avecina, son una cabal demostración de la viabilidad de esta experiencia cooperativa rural, y un anticipo del Uruguay del futuro.

Un país sin campesinos autóctonos y sí con campesinos comerciantes —aluvionarios y semiurbanizados— no puede pensar en reformas agrarias estandardizadas. Las reformas serán pecuarias y la creación de "latifundios" intensivos una etapa inmediata de su puesta en práctica.

"La estancia que ha de recuperar al compatriota que se pudre en el rancho —afirma Porta (1953)— será aquella que sobre el casco de la actual, que ya cumplió su misión, se mude al centro de una explotación pecuaria intensiva." Y continúa: "Aquí nos interrumpe Perogrullo para decir: «Pero es que no puede haber ganadería intensiva sin aumento de comida para el ganado, esto es, sin más agricultura»: gran verdad. Mas una cosa es convertir al peón suelto en chacarero individual, y otra incluirlo en un conjunto que él reconocerá como el marco natural, perfeccionado, de su experiencia."

Ojalá haya quedado claro, tras la lectura de este volumen, que nuestros paisanos son hombres de campo apegados a un modo de vida más que a un pedazo de tierra. Ojalá se comprenda la trascendencia que eso tiene para el momento no lejano en que dejen de ser peones y se conviertan en obreros de fábricas agropecuarias y de granjas cooperativas. Para el momento en que nuestra tierra sea *nuestra* de verdad.

BIBLIOGRAFIA

BARRÁN, J. P. y NAHUM, B.: **Historia rural del Uruguay moderno. (1851-1885).** 2 tomos. Banda Oriental, Montevideo, 1967.

BARRIOS PINTOS, A.: **Albumes departamentales.** Citados: Colonia, 1956; Paysandú, 1957; Río Negro, 1958. Editorial Minas, Montevideo.

BONAVITA, L.: **Crónica general de la nación.** Montevideo, 1958.

BOUTON, R.: **La vida rural en el Uruguay.** Revista Histórica Nº 82-84, 85-87 y 88-89. Museo Histórico Nacional. Montevideo, 1958 a 1960. Hay una edición abreviada, por G. Wettstein y R. Morador. Arca, Montevideo, 1968.

CAMPIGLIA, N.: **Las migraciones en el Uruguay.** Universidad, Montevideo, 1968.

CAPAGORRY, J.: **Hombres y oficios.** Grupo Toledo Chico. Montevideo, 1966.

C. I. D. E.: **Plan nacional de desarrollo: 1965-1974.** Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, Montevideo, 1966.

CAMPAL, E. F.: **Hombres, tierras y ganados.** Arca, Montevideo, 1968.

C. L. E. H. - CINAM.: **Situación económica y social del Uruguay rural.** Ministerio de Ganadería y Agricultura, Montevideo, 1963.

DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA: **Los rancheríos y su gente.** Vol. 1: Tareas, costumbres e historias de vida. Vol. 2: Viviendas y familias. Universidad y Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1968.

FRANK, A. G.: **Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista.** Pensamiento Crítico Nº 13, La Habana, febrero de 1968.

GARCÍA ACEVEDO, D.: **El pauperismo rural en 1910.** Facultad de Humanidades, Departamento de Historia de la Cultura, Montevideo, 1967.

GONZÁLEZ PENELAS, W.: **El Uruguay y su sombra.** Ciudadela, Montevideo, 1968.

LIMAY.: **Artículos sobre temas agropecuarios.** Semanario Marcha, Montevideo, 1968 y 1969.

MINISTERIO DE GANADERÍA Y AGRICULTURA. **Censos agropecuarios.**

MOROSOLI, J. J.: **El sieteoficios.** Boletines del M.G.A. Nros. 918, 920, 922, 924 y 928. Año 1962.

PORTA, E. S.: **Con la raíz al sol.** Montevideo, 1953. **Uruguay: realidad y reforma agraria.** Banda Oriental, Montevideo, 1961.

RAMA, C.: **Las clases sociales en el Uruguay.** Nuestro Tiempo, Montevideo, 1962.

REAL DE AZÚA, C.: **El patriciado uruguayo.** Asir, Montevideo, 1953.

SALA DE TOURON, L., RODRÍGUEZ, J. C. y DE LA TORRE, J.: **Evolución económica de la Banda Oriental.** Pueblos Unidos, Montevideo, 1967.

SOLARI, A.: **Sociología rural nacional.** Facultad de Derecho. Montevideo, 1958.

SOSA, S., IUSIM, S. y WETTSTEIN G.: **Paso de las Flores: vida de seis familias en el Uruguay rural.** Universidad, Montevideo, 1968.

TRIAS, V.: **La reforma agraria en el Uruguay.** El Sol, Montevideo, 1962.

VIDART, D.: **Sociología rural.** Salvat, Barcelona, 1959. **El paisaje uruguayo,** Alfa, Montevideo, 1967.

Los autores agradecen al Departamento de Extensión Universitaria, en la persona de su Jefe, Prof. Enrique Iglesias, y de las compañeras Myriam Proenza, Paula Olalde y Carola Santini de Abreo, la posibilidad de utilizar su material fotográfico y anticipar algunos resultados de las investigaciones realizadas sobre rancheríos en general y sobre el de Pintos en particular.

PLAN DE LA OBRA

(Continuación)

Y UN VOLUMEN FUERA DE SERIE: **EL TURISMO**, QUE APARECERÁ DESPUÉS DE LOS 25 PRIMEROS.

LOS EDITORES PODRÁN, SIN PREVIO AVISO, SUSTITUIR CUALQUIERA DE LOS TÍTULOS ANUNCIADOS O ALTERAR EL ORDEN DE SU APARICIÓN

EL MARTES DE LA SEMANA PROXIMA APARECE EL VOLUMEN:

EL DESARROLLO AGROPECUARIO

ANTONIO PEREZ GARCIA

PLAN DE LA OBRA

1. EL URUGUAY INDÍGENA
Renzo Pi Hugarte
2. EL BORDE DEL MAR
Miguel A. Klappenbach - Víctor Scarabino
3. RELIEVE Y COSTAS
Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
Germán D'Elía
5. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
Rodolfo V. Talice
6. IDEAS Y FORMAS EN LA ARQUITECTURA NACIONAL
Aurelio Lucchini
7. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
Mario H. Otero
8. TIEMPO Y CLIMA
Sebastián Vieira
9. IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y FILOSOFÍA
Jesús C. Guiral
10. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
Jorge Bossi
11. ANFIBIOS Y REPTILES
M. A. Klappenbach y B: Orejas-Miranda
12. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
Daniel Vidart
13. AVES DEL URUGUAY
Juan P. Cuello
14. LA SOCIEDAD URBANA
Horacio Martorelli
15. INSECTOS Y ARÁCNIDOS
Carlos S. Carbonell
16. LA SOCIEDAD RURAL
Germán Wettstein - Juan Rudolf
17. EL DESARROLLO AGROPECUARIO
Antonio Pérez García

HISTORIA DE NUESTRO SUBSUELO
Rodolfo Méndez Alzola
EL COMERCIO INTERNACIONAL Y LOS PROBLEMAS MONETARIOS
Samuel Lichtenstejn
PLANTAS HERBÁCEAS
Osvaldo del Puerto
EL FOLKLORE INFANTIL
Lauro Ayestarán
LA ECONOMÍA DEL URUGUAY ACTUAL
Instituto de Economía
EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
Horacio de Marsilio
EL SECTOR INDUSTRIAL
Juan J. Anichini